

Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba



Octubre a Diciembre 1931
Año X • Número 33

SUMARIO

	Páginas
I.—Goethe, por <i>José Manuel Camacho Padilla</i>	231
II.—Fuentes para la Historia de Córdoba en la Edad Media: La Embajada del Emperador de Alemania Otón I al Califa de Córdoba Abderrahmán III.....	255
III.—Noticias.....	283

CONSEJO DE REDACCIÓN

D. José de la Torre y del Cerro, Presidente.

D. Antonio Carbonell, *don Antonio Gil Muñiz* y *don José Manuel Camacho Padilla*, Vocales.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas.



BOLETIN

de la

Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

----- DE CORDOBA -----



Año X

Octubre a Diciembre 1931

Núm. 33



1932

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

CORDOBA

Boletín de la Academia

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO X

OCTUBRE A DICIEMBRE 1931

NÚM. 33

Galería de hombres preeminentes que pertenecieron a Córdoba



Don Antonio M.^a Pueyo de Vals

Nacido en Monzón en 1864, profesó en la comunidad de Misioneros en 1880, vino a Córdoba en 1887 y en Córdoba vivió, entregándose por entero a ella, hasta 1907.

A su talento, a su constancia y a su cordobesismo se debe haber salvado de la ruina el mejor monumento de la Arquitectura cristiana posterior a la Reconquista.

Murió en Pasto (Colombia), de donde era Obispo, el 8 de Octubre de 1929.

G O E T H E

Durante todo el año de 1932 (1) se va a desarrollar un extenso programa de fiestas en Alemania en honor del gran poeta Goethe. No podía dejar Córdoba, a mi parecer, de dedicar alguna de sus horas al artista inmortal, y la Academia, fiel representante de la cultura de la ciudad, estaba obligada a ofrendar un recuerdo al que de manera tan brillante supo aprisionar a las musas en las redes de sus versos. En esta ocasión he tomado yo la palabra, con evidente osadía, porque he visto despertada toda la obligación a que me somete mi cargo oficial; en ésta, como en otras muchas ocasiones, las cosas—es lamentable—no marchan con la adecuada isocronía.

Para hablar de Goethe, tal como el gran poeta merece, se necesita una preparación profundísima; no es ya sólo lo que se refiere a la obra inmensa; que ésto, con ser mucho, pudiera ser, al fin y al cabo, más o menos resuelto por quien ha leído sus obras, aunque esta lectura no haya tenido lugar en el idioma original; lo que asusta de Goethe, aparte de los muchos lugares que hay en sus obras, de alguna dificultad de explicación ambigua de voluntaria condensación de ideas, es lo que se ha escrito acerca del poeta, y lo que se ha ponderado, con misteriosos gestos que parecían el eco de las más intrincadas, astrología y magia—no se que influencia habrá tenido Fausto en ésto— la oscuridad que, en algunos pasajes, aparenta tener la obra del vate alemán. Sobre todo ésto, se ha escrito tanto, que ya, a los que por una u otra causa tenemos que acercarnos a él, nos da miedo, y, como vulgarmente se dice, nos ponemos en el cuarto de la salud, por si acaso. Es verdad que, para los que no leemos a Goethe en alemán, siempre nos queda la duda de que la traducción sea o no fiel al original; y estamos evidentemente necesitados de la aclaración que tal vez complete el pasaje traducido; es indudable que las traducciones no son más que un reme-

(1) Trabajo leído en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, en Marzo de 1932, con motivo de la celebración del primer Centenario de la muerte del gran poeta alemán. A causa del retraso con que se publica este número de nuestra revista, ha sido posible incluir la conferencia pronunciada unos meses después de la fecha que aparece el BOLETÍN.

do de las propias obras, de las cuales yo no sé si lograrán conservar íntegro el espíritu; este achaque es propio de la literatura, que no ha conseguido hablar el idioma de todos. Si queremos, pues, hacer hoy un estudio moderno, necesariamente hemos de intentar conocer lo que ya se ha escrito, y en verdad, asusta la enorme cantidad de material que se acumula enseguida alrededor de la figura y el pensamiento de Goethe. Grande es la dificultad en que se encuentra para realizar ese estudio, el que no esté especializado; labor de mucho tiempo, de muchos años sometido a la misma idea. Labor para la cual no están preparados más que aquellos que dedican su atención constante a un punto solo. Y esta era mi situación cuando me propuse contribuir con mi esfuerzo a la celebración del Centenario de Goethe. Para este trabajo he utilizado diferentes obras críticas, especialmente *Goethe, ensayos críticos*, de U. González Serrano. Madrid, 1892, que es para mí la que mejor resume los estudios hechos acerca de Goethe, entre todas las escritas en España, y que no ha perdido actualidad apesar de los años transcurridos desde su publicación. De ellas he sacado lo que me ha parecido más justo y adecuado a la idea que yo me formé del autor del Werther, según la lectura de sus obras. Después he querido presentar el resultado de una lectura nueva del Fausto, como más adelante digo, y con este objeto se ha utilizado: para la primera parte, la bellísima traducción en verso publicada en la Biblioteca de *Arte y Letras*, debida a don Teodoro Llorente. Barcelona, s. a. Y para la segunda, la traducción en prosa de J. Roviralta Borrel, Barcelona, 1920, de la Editorial Ibérica.

En estos días en que tanto se está haciendo en el mundo para celebrar el primer Centenario de la muerte del más insigne de los poetas alemanes, Juan Wolfgang Goethe, ocurrida el 22 Marzo de 1832, la Academia de Córdoba se honra de que en nuestra casa resuene el nombre del insigne vate, que, apesar de que los momentos actuales no se prestan mucho, ha conseguido hacerse oír en todos los rincones, y ha logrado escuchar el eco de la admiración más entusiasta en todas partes en donde se ha acercado. Si el alma del poeta pudiera escuchar nuestra voz, estoy seguro que sabría perdonar nuestro atrevimiento, porque, con su enorme poder de comprensión, sin duda conocería que nuestro deseo, por ser fervoroso, sincero y entusiasta, era merecedor de benévola indulgencia.

En Alemania se le ha destinado casi toda la atención durante el año de 1932. El programa de fiestas es verdaderamente asombroso; abarca toda clase de manifestaciones artísticas, como corresponde al genio que tantas inspiraciones despertó. Se ha extendido a 38 ciudades y en cada una de ellas se ha procurado redactar un programa en el que el nombre de Goethe figure como núcleo. Séanos lícito recordar que nosotross también quisimos llevar, no hace muchos años, el nombre de nuestro Góngora a los pueblos de nuestra provincia, y acaso no nos extendimos más

porque no tuvimos la ayuda que económicamente se nos debía. En Alemania se han puesto en conmoción todos los elementos culturales, y se ha conseguido interesarlos a todos, y por si esto fuera poco se ha procurado invitar a los sabios y especialistas de todos los países. Bien es verdad que nuestra nación no cuenta en los momentos actuales con gentes que se hayan dedicado al estudio del gran poeta alemán, como Teodoro Llorente o González Serrano; pero ha llamado al sabio Catedrático de la Universidad Central don José Ortega y Gasset para que el día 28 de Marzo, en la gran fiesta que se celebrará en Weimar, desarrolle el tema «Goethe y la poesía española». También en Leipzig, y el día 17 de Marzo se representará, como homenaje a lo que mejor conoció el poeta de la literatura española, la obra «El Alcalde de Zalamea» de nuestro don Pedro Calderón de la Barca.

En vista de todo esto, inútil parecerá que advierta que estas palabras mías no tienen más aspiración que la de servir de recuerdo a uno de los mejores poetas europeos de estos últimos tiempos.

Goethe fué un hombre que vivió constantemente preocupado por la divina poesía; ni un momento solo se alejó de ella y por ella sacrificó todo lo que tuvo a su alcance. Todas las ideas que de una manera o de otra llegaron a su mente, reaccionaron enseguida de manera que despertaron o encontraron la esencia misma de la poesía; y cada vez con más apremio, la verdad llegó hasta él revestida de todas las galas, y cada vez difícil de alcanzar. Es un alma abierta a todos los vientos, dispuesta a recibir generosamente todas las influencias legítimas, que no se detiene ante nada, y que durante toda su vida ha de tener presente, cómo es necesario sacrificar, ante el altar de la poesía, las cosas concretas que, como a todo hombre, durante nuestro paso por la vida, nos visitan indefectiblemente. Y así se dice que, temeroso del ascendiente que pudieran tener en su vida los afectos familiares, tales como el amor de las mujeres o el consejo de los amigos, sacrificábalos a la defensa de su propia personalidad, en cuanto notaba que pudieran ser causa de olvido de lo que él consideraba su misión. En cierta ocasión se vanagloriaba de haber ahogado en germen el amor más sublime que inspiró en toda su vida, el de Federica Bríon, que... según dice, le habría hecho perder más de dos años en sus trabajos. No creo yo, sin embargo, que esto debe tomarse en serio; por el contrario, si observa que una amistad puede serle beneficiosa, la frecuenta, como le ocurre con la del gran filósofo Herder, que fué maestro suyo y se burlaba despiadadamente de él por sus ideas soñadoras y poco sujetas al limpio rigorismo de su ciencia. Goethe es un hombre superior que sabe ver con admirable claridad el valor de la amistad verdadera y el del amor verdadero; ¿Por qué no pensar que en sus apenas comenzados amores con Federica, pudo él ver la inutilidad de su esfuerzo? ¿Por qué no creer que se puede muy bien sacrificar un deseo o una ambición

por la sola consideración de que uno no se considera capaz de devolver la felicidad que piensa recibir? Y en esto, ¿cuáles son los egoísmos que puede haber? Goethe vivió sus últimos años al lado de Cristina Vulpius, con la que al fin se casó; y precisamente en estos últimos años fué en los que llevó a cabo la ejecución de la parte más interesante de su obra, la que más fama le ha dado y la que ha extendido su nombre por todo el mundo; y en la ternura de este amor tranquilo y dulce, hay sin duda alguna el germen de muchas de las dulces alegrías de la última parte de su Fausto. Para comprender las almas del valor de la del gran poeta, es necesario algo más que esa simple conjetura que nace de la contemplación general de las cosas, ya que esas almas se salen, en todo, de la vulgaridad y de la regla general. Y prueba de ello, si la ternura de sus escenas más conocidas no fuera bastante, es la íntima amistad que entabla con Schiller, al que llega a consultarle hasta detalles de las obras que tenía en turno, y del que se considera tan unido que, durante muchos días después de la muerte del gran trágico, no puede dedicarse al trabajo porque las ideas no acuden a su imaginación tal vez porque el corazón lo impide. Esta impresionabilidad que tan alto eleva el carácter del poeta del que tanto se ha hablado como ejemplo de hombre soberbio, comprueba una interesantísima observación de otro de sus íntimos amigos, otro ejemplo vivo de la gran estimación en que tenía Goethe al sentimiento de la amistad. Dice Eckerman en sus *Conversaciones...* que Goethe era extraordinariamente sensible a las variaciones atmosféricas, de tal manera, que pasaba triste y hasta debilitado físicamente los días nublados y sentía un agobiador decaimiento al caer el sol. De todos es sabido que sus últimas palabras fueron: «Luz, más luz...» Es decir, que Goethe estaba tan atento a la vida que sentía con ella y con ella vivía extraordinariamente unido y era capaz de sentir sus más pequeñas variaciones; había llegado a conseguir vivir en la vida, a pesar de que todos los días trataba de encontrar nuevos argumentos para parecer que estaba alejado de la materia; y consigue unir una y otra cosa de tal forma que cree que las composiciones artísticas son como el complemento de su existencia; sus obras son la confesión perpetua de su vida, el lugar donde, momento a momento, va poniendo pedazos de su existencia; el consuelo que la dureza desconsiderada de la materia pone en todas las cosas de la vida, o la razón de la propia existencia que él cree que debe justificar ante el mundo y ante sí mismo y no perdona nada que pueda contribuir a la mejor consecución de su deseo.

Contra lo que sí lucha el Gran Pagano, como le llaman sus paisanos, es contra todas las contrariedades, que es contra todo lo que puede oponerse a ese su desarrollo vital. ¿Quién no lo hubiera tomado por un loco, o mejor, cuáles lo tomarían, de las personas que lo vieran hacer frecuentes carreras por lo alto de las cornisas de la Catedral de Strasburgo, con el fin de curar-

se del vértigo? Y ¿del terror que le producían los muertos? También llegó a curarse; pero ¡cuánto no padecería hasta que logró vencer el miedo, que él naturalmente consideraba pueril, y cuántas burlas tendría que aguantar! Claro es que luego, el placer que le producía la victoria, era proporcionado, y se sentía inmensamente satisfecho cuando se veía vencedor.

Para conseguir el consorcio divino de la realidad con la belleza, trabaja sin descanso; es un afán incesante de saber, una sed nunca saciada, que le hace tener una movilidad sin límites, y le obliga a cambiar constantemente de objeto en el estudio, rebuscando en todas las ciencias y encontrando en todas ellas algo que satisface alguna de sus curiosidades; con seguro tino se dirige, especialmente a todas las opiniones extremas, señaladamente en las artísticas, para buscar la recíproca concordancia y la mutua conformidad.

«Con tal conducta—dice en sus Memorias—logré fácilmente transformar en imagen y en poema todo lo que me causaba alegría o dolor, arreglando así mis cuentas conmigo mismo, para rectificar mis ideas sobre los objetos exteriores y alcanzar la calma interior, tanto más necesaria para mí, porque era hombre muy extremado en todo...»

Es decir, que sus pasiones fueron para él otros tantos fenómenos—a creer lo que con demasiada constancia afirma—que le sirvieron tan sólo como documentos para ilustrar sus poemas, como fuentes en las que encontraba la inspiración adecuada a la insaciable voracidad de su alma, como fichas para la ordenación de su museo (1). Así logró pasar del *Sturm und Drang periode*—período de terrible violencia contra todas las anquilosadas reglas de las antiguas escuelas y de más violenta irrupción de los nuevos elementos estéticos incorporados al arte—al sabio cultivo de la forma; y llegó a transformar en espectáculo agradable la observación de las desgracias íntimas, porque durante toda su vida, su inteligencia estuvo siempre en acción para reunir materiales para su educación integral.

Por eso es indispensable de todo punto—y acaso como en este poeta sea necesario observar el mismo método en el estudio de todos los demás—seguir sincrónicamente la vida y la obra del hombre. No se debe dar ningún paso aislado, pues es casi seguro que necesite de la confrontación inmediata. Y cuando se quiera saber algo de la biografía suya, acudir a cualquiera de sus obras, en donde se han de encontrar datos más que suficientes para ilustrar muchos días de su vida; casi todos aquellos que él invirtió en la creación artística. Los críticos suelen decir que las obras *Goetz de Berlichingen* y *Werther* son autobiográficas; pero

(1) Pero nunca autoriza ésto a creer—como sinceramente indignado afirma nuestro don Juan Valera—que Goethe se complacía en producir el dolor, el martirio y la desesperanza, para observar el efecto que producían en las almas, lo mismo que algunos médicos realizaban experiencias de vivisección para ver la manifestación externa del dolor.

una está publicada en 1773, y la otra en 1774, y por tanto, quedaría la biografía harto incompleta. En ellas, como en todas, están contenidos trozos de su vida, o su vida misma, pues ella es de un intentísimo carácter poético; y en las restantes obras también; en todas asoma siempre el carácter marcadamente real, que le hace ser uno de los poetas más personales que han existido. Como que ésta fué la preocupación de toda su vida: vivir en la realidad, íntimamente incorporado, y sacar de ella la sustancia poética, el soplo divino, que, además de hacerla digna del hombre, le da el rango que merece en el concierto universal de las cosas, por encima de las cuestiones del momento, que por su proximidad son capaces de enturbiar los más puros manantiales de amor y de juicio sereno y justo.

Es realmente el protagonista del *Werther*, y quién sabe si hasta llegó a realizar un suicidio moral que no han sabido o no han querido ver los que han estudiado sus obras; tal vez el voluntario apartamiento que casi hasta el fin de su vida se nota, de las mujeres, sea debido a ese episodio, absolutamente real, que tan maravillosamente ha trazado en la deliciosa novela; pero ésto es algo que no tenía más remedio que ocurrir en Goethe, porque él había nacido así, para ser un poeta eminentemente humano; ardientemente enamorado de la vida. Si un día sostiene con Gretchen una conversación en una taberna de Francfort, saca de ella una de las más inspiradas escenas de su *Fausto*. Acaso lleva a cabo esta experiencia enseguida, y quizá aquel día se de cuenta de donde está la fuente de toda la inspiración; desde entonces hace Goethe ley de su existencia, el ir convirtiendo sus impresiones personales en otros tantos asuntos poéticos; y la dificultad con que en muchas ocasiones tropieza para convertir su dolor, o mejor dicho, para dar a su dolor el matiz de la poesía, sabe vencerla con la misma entereza conque ha obligado a su espíritu a que se acostumbre a la contemplación de los cadáveres o a que sepa dominar el vértigo. El secreto de esas horas tristes e inquietas, aunque contando con la decidida seguridad que hay que tener de que él sabía todo el eterno valor de su obra, por encima de las críticas de Herder y de otros, ha quedado divinamente escondido entre la malla divina de los versos inmortales, que, además de captar la poesía, supieron transformar las amargas hieles personales en la corriente general de la amargura del mundo; si en sus horas de soledad lloró, no ha quedado la huella de sus lágrimas nada más que para el que lo sabe ver; y aún ese no las estima demasiado, porque sabe cómo el dolor individual se esconde pálido entre el dolor universal sin dejar al fin la más pequeña huella. En 1824, dice: «en los 75 años de mi vida no he gozado cuatro semanas de verdadero bienestar... A mis pensamientos y a mis creaciones poéticas debo mi verdadera dicha...» Goethe no hace distinción alguna; bien claro se ve que su dicha ha sido exclusivamente resultado de sus versos, y en todas sus creaciones hay una enorme

cantidad del dolor del mundo, que él, tan peregrina y acertadamente, sabe encontrar en todas las ocasiones. Y si en el *Goetz de Berlichingen* ha de trazar ese maravilloso cuadro de la gran transformación que experimentan los pueblos cristianos al finalizar la E. M., ya sabrá él encontrar el medio de incluir su fuerte personalidad en el ambiente de la época, para trazar aquellos detalles que él se va encontrando en la vida cotidiana. La lucha terrible comienza todos los días, y todos los días tiene el mismo deseado final; hay una explosión vibrante, enérgica de los afectos de su corazón, abierto a todas las emociones y sensible a los más ocultos encantos de la vida, y una serena reflexión de su inteligencia que tiene el propósito decidido de salir victoriosa. Por eso, cuando el otro grande hombre de su siglo, Napoleón, lo encuentra y le dice: «Sois un hombre, todo un hombre, señor Goethe». El gran General ha sabido encontrar la palabra sublime, sublime por lo sencilla, sublime por lo exacta, sublime por lo eterna. No así, con la misma exactitud lo define Víctor Hugo, cuando dice, haciendo creer que la personalidad del poeta está fuera de la realidad: «El genio, lo mismo que la montaña, vistos de cerca asustan; están hechos para ser contemplados por las águilas». A Goethe no hay que mirarlo de lejos; bien cerca, y así podrá distinguirse bien, qué es lo que significa eso de un gran corazón sacrificado al arte, y en qué consiste ese llamado sacrificio, que no es otra cosa que el dominio absoluto de las pasiones en honor de lo más alto, lo más hermoso que para los humanos hay en la vida: la elevada comprensión del destino del hombre en la tierra, y la dulce labor de buscar indefinidamente el lazo de unión con Dios, establecido por medio de la razón y de la inteligencia, libres de las debilidades y vacilaciones de la materia. Tanto como en Cervantes, según yo creo, hay que seguir en este poeta el desarrollo de su obra, para conocer su vida, o al contrario; y yo he pensado muchas veces, y cuando leo a estos grandes autores se afirma mi pensamiento, siempre con nuevos datos, que el autor que no se refleja en su obra, es algo que pasa, irremisiblemente, al rincón de los humildes despojos de la vida.

Como resultado de esta lucha, ha de salir necesariamente la idea del arte que él quiere llevar a cabo; hay un arte para todos los hombres, un arte universal que necesita ser descubierto; una literatura cosmopolita, humana, la literatura del mundo entero... que será capaz de comprender todas las manifestaciones del ingenio humano, y que ha de consistir tan solo en la identificación plena de la poesía con la realidad; llegar a «expresar idealmente la realidad viva: poesía y verdad». Y si es verdad que nada más ambicioso que este deseo, también lo es que nada más digno de ocupar la vida entera del poeta. «El arte—según Goethe—se cierne con sus alas sublimes por encima de la imitación que ahoga y se entrega a la inspiración que presta inextinguible aliento, el arte que canta lo perdurable, lo eterno, lo humano».

Detrás de estas ideas trabaja toda la vida, y ellas han de ser la fuente de donde sacará sus más sublimes creaciones; la inspiración creadora, superior a la belleza de la forma, como él dice, le dará la pauta para crear a Euforion, que no es una criatura humana, sino la personificación de la poesía, independientemente del tiempo, del lugar, de la persona.

Sólo una vez parece—sólo parece—alejarse de la realidad, y todavía no creo que los críticos hayan encontrado una explicación satisfactoria del hecho. Goethe no comprende la Revolución francesa, que tantas ideas remueve. El espíritu de la Revolución no llega hasta él, no porque le falte espíritu de libertad, sino porque acaso está convencido de que el mundo camina sin detenerse nunca y no es muy grande el camino que se adelanta por medio de estas violentas eclosiones, siempre manchadas con ambiciones y ciegas represalias. Cree que en política, como en el arte, como en la naturaleza, el arte consiste en saber esperar, y con palabra dura dice que no quiere ver desencadenadas las pasiones del pueblo, porque entiende que los que capitanean a las muchedumbres y se presentan como celosos defensores de la justicia, aspiran a conquistar para ellos el derecho a lo arbitrario. Y no quiere esto decir que él no quisiera al pueblo, y que estuviera divorciado de sus aspiraciones y sus anhelos. Lo mismo en *Fausto* que en *Egmont*, los personajes más simpáticos son del pueblo, cuyos sencillos sentimientos sabía distinguir muy bien. Bastaría la creación sublime de Margarita, la sencilla niña dulcemente enamorada, para patentizar la profunda agudeza con que sabe llegar hasta el fondo del pueblo, y en sus duras palabras, más que una reconvención para ese pueblo, que él sabe comprender tanto, hay una dura censura contra aquellos que se acercan al pueblo, con ánimo de explotarlo; que tan fuerte condenación merecen los que se acercaron a él para comer el pan que amasaron sus frentes, como los que quisieron aprovechar de su fácil manejo para la consecución de sus ambiciones y la satisfacción de sus vanidades. Yo creo que Goethe está con la Revolución, pero no está con los revolucionarios.

Aparte este hecho de la Gran Revolución, en todo lo demás está siempre en contacto con las ideas de sus contemporáneos: cree en la influencia de los astros, no sólo material sino espiritual; piensa que el genio ha de ser no sólo célibe sino inclusero, y sobre todo, en 1768 que es un año en que la literatura alemana tiene tanta importancia como la que el 1789 tiene en la historia de Francia, sabe recoger la enorme riqueza de materiales que han ido reuniendo Klopstock, Lessing y Herder, y la gran escuela de filosofía, que son los que preparan el nacimiento de la gran literatura alemana, de la cual es él, el más destacado representante.

No es necesario presentar una labor bibliográfica que, desde luego hay que afirmar, sería incompleta. El catálogo de las obras escritas por el poeta es algo que puede encontrarse en

cualquier manual, sino es que hoy es casi innecesario para las personas que se dedican a los estudios de la literatura aunque sólo sea con el carácter de meros aficionados. Tampoco es posible, dedicar a cada una de ellas un estudio, pues nos ocuparía demasiado tiempo, ni señalar tampoco las múltiples influencias que su inmensa obra ha ejercido en el mundo de las artes dando lugar a tantas obras maestras. La literatura alemana trabaja incansablemente produciendo estudios sobre diversos aspectos del mayor de sus genios poéticos y la Biblioteca de Goethe es algo que sólo podrá reunirse hoy con el trabajo decidido de algún especialista, como ocurre actualmente con nuestro Cervantes. Yo voy a limitar mis notas al estudio o más bien a la referencia breve del más importante de sus poemas, el que más fama le ha dado y también el que ocupó durante casi toda su vida, su atención, siempre despierta e incansable, el Fausto.

En una carta a Humboldt, dice: «Hace 60 años que concebí el *Fausto*, allá, en mi juventud, sentía en mi interior, ya que no las escenas detalladas, todas las ideas principales de las obras, ¡plan querido, que jamás me abandonó! ¡Dulce compañero de mi vida, que he desenvuelto de tiempo en tiempo, según me iban afectando e interesando las situaciones de mi héroe!» En esta obra que ocupa la mente de Goethe durante más de 60 años, está la biografía del poeta casi completa; sólo falta saberla leer. Cuantos sucesos particulares le afectaban, eran inmediatamente sintetizados, y con esas síntesis impersonales iba rellenando el poeta la trama de su obra... «para escribir el *Fausto*, todo lo he tomado de lo más íntimo de mi corazón; poco o nada he podido aprovechar de lo exterior.» Y en sus conversaciones con Erckerman, dice: «¡Me preguntais qué pensamiento he querido encarnar en mi *Fausto*! ¡Cómo si yo lo supiera! ¡Cómo si yo pudiera decírmelo a mí mismo! Desde el Cielo a través del mundo, hasta el infierno, he aquí una explicación. Pero esto no es la idea, sino la marcha de la acción.» Con estas palabras basta para comprender la grande dificultad con que se ha de tropezar en todo intento de referencia sobre el asunto de esta obra inmortal. ¿Es que Goethe comprende la inquietud universal y la personifica, o es que él mismo está tan dentro de la vida, que encierra—sin proponérselo—todos los problemas de la vida? ¿Es que, como dice Mr. de Bury, si Goethe hubiera nacido en la Edad Media, tal vez hubiera sido Fausto? Lo que no deja lugar a dudas es que el poeta persiguió durante toda su vida un ideal: el llegar a unir en una síntesis genial la inspiración espontánea del espíritu colectivo y la total condensación de la iniciativa individual; en suma, la vida de la humanidad, que con su carácter divinamente dinámico, constantemente se transforma y se enriquece; y ésto lo consiguió el gran poeta en esta obra fundamentalmente humana, a pesar de que tiene tantos puntos de contacto con lo extraordinario y lo extra-humano. Esta, como todas las cuestiones que se relacionan más o menos directamente con el

Fausto, están profusamente enriquecidos por profundos estudios, que, a pesar de todo, no han agotado el tema. Para unos, representa el poema entero el sacrificio de la vida futura a cambio de los goces de la vida terrenal; para otros, la aspiración de la E. M. a la ciencia y su impotencia para adquirirla; para los de más allá los anhelos y tormentos de la conciencia humana en general, frente al Fausto de la leyenda que representa al hombre de su época, de lo cual ha sabido aprovecharse el poeta para generalizar y ver en las elucubraciones legendarias el contenido universal; para el mismo Goethe, es su testamento literario y aún científico. El entusiasmo de los estudiosos siempre bien empleado, naturalmente, ha hecho que se le apliquen diferentes nombres, todos, todos garantía de sincera admiración; se le ha llamado Summa poética, Evangelio del Panteísmo, Biblia del Panteísmo, Biblia poética, más que por el talento en ella empleado, por los problemas que suscita; se ha hecho un minucioso y concienzudo estudio de los diversos elementos legendarios personales de la época, y expresivos del sentimiento colectivo que hay en la obra; y se ha tratado de llegar hasta los más profundos límites en la investigación de los orígenes de la célebre leyenda, que dió su nombre al poeta. La leyenda del monje Teófilo, que pactó con el diablo para obtener dignidades eclesiásticas, allá por el siglo IV, y que popularizó en el siglo X la monja Roswita, dramatizando el episodio la del fraile Gil de Santarem, en el siglo XII, en Portugal, médico en París, aficionado a la magia, y que acaba por convertirse, por causa de la lectura de los místicos, volviendo a Portugal en 1221 monje profeso. La saga del doctor Fausto, que se extiende a Inglaterra y a América desde la E. M., y Marlowe hace un drama, y en Alemania, Goden. Lessing, el pintor Müller y otros la utilizan. Por allí la ve representada en los teatros de Polichinelas por primera vez Goethe. A España llega también algo del pacto, que aparece en la bellísima obra de Calderón *El mágico prodigioso*, con la leyenda de S. Cipriano y Santa Justina (1); sabido es también el curioso episodio de que fué protagonista J. Füst o Fausto, el compañero de Gutenberg, cuando se acabó de imprimir la Biblia de las 42 líneas; el impresor, lleno del legítimo entusiasmo, del que ha llevado a cabo un adelanto de tal naturaleza, presentó a Luis XI un ejemplar; se dice que disgustados los monjes contra una invención que les privaba del oficio de copistas, acusaron a Füst de nigromante; éste logró escapar, y los monjes propagaron que había huído por arte de magia; fué un episodio más que agregar a la leyenda del misterioso personaje, que seguramente existió, pero que cada día se fué enriqueciendo con nuevos elementos, de la misma manera que la figura de Carlo Magno se enriqueció con las hazañas de sus sucesores o la del Lazarillo con las aventuras de todos los pícaros que le siguieron en la vida.

(1) V. el documentado trabajo que sobre el examen comparativo de esta obra con la de Goethe hizo el señor Moreno Nieto.

«En 1790, 1818 y 1832, vieron la luz, respectivamente, el *Fragmento*, la primera y la segunda parte del poema, que abarca, como en una unidad toda su vida: el *Fausto*, el más grande poema nacional de Alemania. Hasta 1870 no se penetró bien en el elevado simbolismo y en la plenitud artística de la segunda parte. Cada vez más libre, por su propia energía, de la dirección de Mefisto, Fausto atraviesa el mundo de la historia, del arte antiguo y de la vida pública, y, laborando por redimir de las deudas y de los tormentos al prójimo, obtiene la recompensa de un doloroso esfuerzo, no en el momento de goce personal, sino en la contemplación del desenvolvimiento humano. La obra formose y creció con el poeta. Desde la cordial estrechez de la tragedia burguesa (*Margarita*), en la que el «*Stürmer und Dranger*» experimenta el humillante contraste entre la ilimitada aspiración de la inteligencia y los sentidos, y la pequeñez humana, élébase gradualmente, a través del error, la pugna y la victoria del simbólico héroe, hasta reflejar todo el infinito destino humano».

Con el *Diván*, la revista *Arte y Antigüedad* y el *Fausto*, que ha de reconciliar el mundo griego (*Helena*), la E. M. y la E. M. (*Euforión-Byron*), Goethe mismo está en el campo del Romanticismo, cuyas luchas en Italia y en Francia siguió con viva simpatía».

He aquí lo que dice uno de los tratadistas más modernos y que tienen más al día estos estudios (1).

Con todos estos datos fácil será comprender la enorme dificultad que se presenta para dar una idea completa del poema y sobre todo, que exprese un conjunto armónico. Yo he preferido, como ya he dicho, leer y dar mi lectura, seguro por otra parte de que, a medida de que pasa el tiempo, muchos de los enigmas que tanto preocuparon a las gentes, van quedando claros, porque no fueron tales enigmas sino adivinaciones geniales, que sólo es dado conseguir a los hombres que, como Goethe, se han elevado por encima del nivel general del mundo, porque Dios lo quiso y porque ellos también lo quisieron, por expresa voluntad de su clara inteligencia y de la gran dulzura de su corazón.

Y una última advertencia antes de entrar en el desarrollo del asunto: yo no he encontrado ninguna razón para separar las dos partes de que consta el poema, ni por su dificultad, ni porque entre ellos exista la más leve solución de continuidad. La publicación de la primera parte sólo, me parece una lamentable equivocación.

Comienza el poema con una escena vulgar, entre gentes de teatro; el Director o Empresario tiene del teatro la misma idea que tenía Lope de Vega cuando escribía los conocidos versos

porque como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

(1) Max Koch, Historia de la Literatura alemana. Ed. Labor, T. II, páginas 92-94.

A su lado, el Gracioso, en el que el poeta representa al actor que sólo busca en las obras dramáticas el motivo de lucimiento, dice que el teatro no es una cosa para la gente del porvenir, sino para las gentes de ahora; que no se ha de ser torpe y se debe buscar una cosa que guste a todos, que tenga mucha variedad. El poeta, el gran poeta, que ya aparece con sin igual gallardía, dice que alguien es el que tiene que sacar la esencia de las cosas. El mundo sigue como un mecanismo en movimiento; pero el poeta es el que sabe encontrar en ese mecanismo la esencia, como el enamorado es el que sabe encontrar, en la doncella, el amor; lo grande, en una o en otra cosa, que sólo saben hallar los poetas y pasa inadvertido para los cretinos. Pero como ve la torpeza de las gentes, se acuerda con delectación de los días de su juventud en que no reparaba en los tropiezos y obraba según su voluntad.

El Prólogo en el cielo es de otra categoría; Dios y Mefistófeles conversan sobre la debilidad del hombre. «En la conversación entre uno y otro alguien ha querido ver cierta irreverencia que el poeta no ha podido o no ha querido salvar; en realidad es que el autor ha conseguido de una manera maravillosa retratar la serenidad augusta de Dios que a todo se aviene con una paternal sonrisa, sabiendo decididamente cual ha de ser el fin de todas las cosas, y la malicia, quizá maravillosamente humana de Mefistófeles, que con una certera visión de la realidad retrata al hombre, simple y ridículo, que piensa ser algo en la vida y no es más que un débil átomo de pensamiento—si se me permite la palabra—, al lado de la gran maravilla del Universo, y sabe decir a Dios que el hombre no sería tan desdichado si no pudiera disponer de la razón, tan terriblemente dañosa, la cual le autoriza para poder afirmar

y ni el cielo ni la tierra
juntando todos sus bienes
llenar podrán el vacío
de su corazón estéril.

Y comienza la tragedia.

Fausto está solo y recapacita sobre lo que ha llegado a acumular en los muchos años que lleva de trabajo.

Sólo pude aprender que no se nada,
y el alma en la contienda está rendida.
Bachiller o doctor, seglar o preste
nadie su ciencia iguala con la mía;
ni escrúpulo ni duda me atormentan;
ni demonio ni infierno me intimidan;
y así de sombras y de espantos libre,
huyó todo el encanto de mi vida.

Evoca luego bellisimamente a los rayos de la luna:

A mi angustioso afán, ¡oh luna llenal
da por última vez tu voz amiga.

¡Cuántas, a media noche, tus destellos,
 bebí ansioso postrado en esta silla,
 cuando aquí entre volúmenes y folios,
 tristes y misteriosos descendían!
 ¡Fuérame dado en tu viviente lumbre
 feliz vagar sobre las altas cimas;
 en los antros seguir los vagarosos
 espíritus, flotar con tu indecisa
 muriente claridad en las praderas
 y olvidando las ásperas vigiliias
 del inútil saber, en tu rocío
 bañar feliz la sien enardecida!

Cambia la invocación clásica de las musas por la de los espíritus, y con soberbia inspiración ofrece su canto. Algunos de los tropos son por sí solos ya una obra maestra.

¡Bella visión, pero visión al cabol
 ¡Cómo asir y estrechar a la infinita
 Naturaleza y exprimir sus pechos!
 Manantial ellos son de toda vida;
 de ellos penden los cielos y la tierra;
 su fecundo raudal todo lo anima,
 y en vano pide mi sediento labio
 una gota no más de esa ambrosia.

Aparece el espíritu, o sea la Musa, que ahora no es manantial solo de poesía, sino de ciencia también; habla con el Espíritu, y manifiesta alguna debilidad al enfrentarse con él; está todavía en las dudas, en las que le sumergen más aún, la inoportuna llegada de su fámulo Wagner, que viene a despertarlo a la realidad. Fausto lucha por volver a su estudio, buscando en los libros el consuelo que su alma necesita; pero cuando está más abstraído, oye las campanas, que le llevan otra vez al contacto con la realidad de la tierra. Y en la realidad, el sabio doctor sabe escrudiñar con maravillosa agudeza. No es el diálogo que esperará el lector de dramas ni la descripción en que ha pensado el lector de novelas; es un conjunto de notas sueltas, en las que, con maravilloso tino, cada personaje dice esa frase que le caracteriza; y frente a este hecho, el fámulo, el que luego ha de ser sabio, se escandaliza, mientras que Fausto, el que ya es sabio, está contento, sólo porque así es la vida. Para vencer al misérrimo espíritu que con él habla, Fausto dice:

Vas de un bien único en pos
 ¡éi sólo turbe tu calma!
 ¡Tú no más tienes un alma,
 y en mi pecho laten dos!
 Por separarse entre sí
 trabaron lucha reñida:
 la una que de ardiente vida
 siente el loco frenesi;
 desesperada, al placer
 se aferra con vivo anhelo;
 la otra, rasgado ya el velo,
 quiere a su patria volver.



Fausto se reintegra a su gabinete de estudio, y allí, al recordar la ciudad, lucha consigo mismo, entre dedicarse a las cosas de la vida o a las cosas del espíritu; pero la realidad parece vencer y va aumentando su influjo por momentos; entonces el sabio, al creerse dominado, hace el conjuro, para el cual se aprovecha de los conocimientos que posee de la magia y de la astrología.

Abrásate en fuego hirviente
Salamandra peregrina:
en el cristal de la fuente
disuélvete, blanca ondina.
En la luz del sol brillante
difunde, oh Silfo, tu ser;
ven duende, siervo constante,
a ayudar y obedecer.

Y viendo que este conjuro no surte el efecto que él desea, solicita a Mefistófeles que acude presuroso, y le ofrece que ha de gozar en un segundo, placeres que corresponden a muchos años de vida. En toda esta escena, recogida de la leyenda, parece que el poeta ha querido adaptar su espíritu al de ella; Fausto comprende que sin una intervención de la magia hubiera sido imposible, a lo menos para él, acercarse a la realidad de una manera tan grosera, luchar con esa realidad en la que hay una serie de cosas de un valor inapreciable, pero a las que siempre se llega, después de haber hecho muchos sacrificios, cuando se ha podido uno elevar por encima de las debilidades del mundo.

Véanse estos hermosos versos descriptivos:

Ya el negro racimo cayó en el lagar
y en ondas purpúreas el jugo espumoso
corriendo entre flores, sin paz ni reposo
ya es rápido río, ya es fúlgido mar.

Fausto se lamenta luego en su Gabinete, en imágenes bellísimas:

¿Qué importa cambiar las ropas
si están dentro los cuidados?
Tan mozo no soy que pueda
correr tras goces livianos,
ni tan viejo todavía
que mi pecho esté ya exhausto.
¿Qué puede darme la vida?
«Abstente, abstente, se cauto»
es el odioso estribillo
que eternamente escuchamos,
y que cada hora repite
con retintín más amargo.
Rompe el día y con el día
viene a mis ojos el llanto,
al ver que en sus largas horas
ninguna ventura aguardo;
al ver que el placer posible
lo destruye analizándolo,

y las hermosas imágenes
que mis ansias engendraron,
malas artes las convierten
en solemnes mamarrachos.

Viene la lúgubre noche;
rendido en el lecho caigo,
y al buscar paz y reposo
pesadillas no más hallo.

El Dios que en mi ser enciende
el volcán en que me abraso
en el corazón encierra
sus tempestades y estragos.
Dentro, fuego; fuera, nieve;
¡dii, si en tan misero estado
odio con razón la vida
y pronta muerte reclamo.

Habla luego de cómo se van pasando las ilusiones y de cómo el poeta debe maldecir el tiempo que ha ido detrás de ellas, porque es tiempo perdido. Al fin se prepara el pacto, que consiste en que Fausto se compromete a perder el alma, con sólo llegar a gozar de un momento de felicidad, con sólo poder decir en un momento dado que se encuentra satisfecho de sí mismo. En esta escena, Goethe, que se ha burlado extraordinariamente de las ciencias, como la Jurisprudencia, la Medicina, la Teología y la Metafísica—por cierto que la burla de esta última le atrajo una no muy buena amistad de don Francisco Giner de los Ríos, que extendió a todos los poetas en general su poco afecto—, recoge la leyenda y la embellece, poniendo de su parte ese bello instante de felicidad. Sabe elevar la leyenda, como siempre; los versos espléndidamente conseguidos, abundan:

el sol que mi frente baña
correr vió todos mis llantos...

Antes de llegar a la cocina de la Bruja, en donde ha de hacer el conjuro para conseguir el rejuvenecimiento, pasa de nuevo por la realidad, que aquí está representada por una taberna de Leipzig, en donde encuentra toda suerte de alegría, en donde lo cómico aparece velado quizá porque lo deja a que surja ello solo. Hay la canción de la Rata, de una belleza acabada, y en la que el estribillo tiene todo el encanto de haber alcanzado a expresar íntegramente la alegría colectiva. En la escena del conjuro, no sólo se recoge todo cuanto sabe la leyenda, sino también todos los principios de la magia conocidos en su época.

Fausto ha recobrado la juventud, y en un principio parece haber perdido todos los conocimientos que hasta entonces tenía, porque no se muestra muy experto en el procedimiento de enamorar; parece como si volviera a la primitiva inocencia, que es la característica especial del Diablo Mundo, de Adán. La hermosura de Margarita le ha cautivado; pero no se atreve a acercarse a ella, y solicita una demasiada ayuda de Mefistófeles. Mas pronto reacciona y tiene tiempo de pensar en unas evocaciones bellísimas, en la vida de la doncella. Y alcanza los límites ex-

tremos de la poesía, el monólogo de Margarita, en donde está contenida la Canción del Rey de Thulé:

Hubo en Thule un Rey amante,
que a su amada fué constante
hasta el día que murió;
ella en el último instante,
su copa de oro le dió.

El buen Rey desde aquel día
sólo en la copa bebía,
fiel al recuerdo tenaz;
y al beber humedecía
una lágrima su faz.

Llegó el momento postrero
y a su hijo el reino entero
cedióle como era ley;
sólo negó al heredero
la copa el constante Rey.

En la torre que el mar besa
por orden del Rey expresa,
—tan próximo ve su fin—
la corte en la regia mesa
gozó el último festín.

El postrer sorbo el anciano
moribundo soberano
apuró sin vacilar,
y con enérgica mano
arrojó la copa al mar.

Con mirada de agonía
la copa que al mar caía
fijo y ávido siguió;
vió como el mar la sorbía
y los párpados cerró.

Las escenas que siguen al delicioso encuentro de los amantes son todas de la realidad, en las que la brillante imaginación del poeta ha ido poniendo notas agudas de su elevado lirismo. Margarita es delicadísima, y en todo momento es simple y procede sin afectación; recuerda el momento del encuentro con el galán con gran dulzura (pág. 233); se considera insignificante (pág. 237); se muestra con una dulce inquietud estando sola (y Goethe sabe en esos momentos incluir la inquietud fisiológica con extrema delicadeza y tino), (pág. 251); y sabe compadecerse de las faltas de las demás, y recordar con tristeza los días en que ella reía por falta de comprensión (pág. 265); y la dulzura de su tristeza es de la misma tierna calidad que la de aquellos hermosos versos con que pondera el valor de las joyas cuando se siente requerida por primera vez con la asiduidad del Fausto:

Si a lo menos fueran míos
los zarcillos... Porque es cosa
bien pobre un rostro de rosa
sin ajenos atavíos.

De juventud y beldad
los hombres ya no hacen caso;
sí te echan flores al paso
es por lástima y piedad.

Y lo mismo que aprovecha las ocasiones que se le presentan para incluir sus bellas visiones, también aprovecha el tiempo para burlarse de la Filosofía, a la que por lo visto tiene un especial encono, sino es que en estos epigramas quiera vengarse de las burlas que le hiciera Herder, cosa a mi parecer poco creíble, pues un alma como la suya podría burlarse de una ciencia, por considerarla demasiado fuera de la realidad, a la que él tanto amaba; pero nunca de un hombre a quien tanto debía en sus primeros pasos de verdadero estudiante.

La llegada de Valentín, noblemente dispuesto a vengarse

... y en vano al que murmuró
provoco si a la ira cedo;
pues extrangularlo puedo,
pero desmentirlo, no.

y muriendo en defensa de su honor, con unos acentos rabiosamente calderonianos, provocan en Margarita un lamentable diálogo con su propia conciencia, de profundo dolor.

Después llega la noche de Santa Valpurgis (pág. 289); Fausto no está determinado a seguir ningún camino, y por el que con Mefistófeles sigue, le salen muchos obstáculos. La noche es algo de bacanal donde Fausto pretende encarnar el furor de la orgía sin compasión y sólo con el acicate de la carne. Es la pasión desenfrenada, la clara representación de su primer momento literario en el que, por la convivencia con los hechos, se acercaba aun sin querer, al movimiento romántico europeo. Forma una gran colección de epigramas, en los que Goethe ha puesto el trabajo de muchos años, los apuntes de muchos días, que no merecieron de su elevada atención más que esa leve sonrisa en la que la mirada experta puede ver con claridad toda la agudeza de la observación más perspicaz.

Las últimas escenas de esta primera parte se refieren a los postreros momentos de Margarita. La pobre criatura ha visto morir en poco tiempo a todos los seres en quienes había depositado su cariño,—ha muerto su madre, avergonzada por la deshonra que la hija ligera ha traído a la casa; ha muerto el hermano pundonoroso, maldiciéndola ferozmente y sin una palabra de perdón (dificilmente se encuentra una escena de tal naturaleza sino en los relatos fríos de las torpezas de los grandes fanáticos); y ha visto morir, lo ha matado, al hijo de su pecado. Sólo le queda el galán, que, ingrato, no se ha acercado a la cárcel, en donde ella espera la terrible sentencia que merece su crimen; por eso enloquece y en su locura se muestra no menos bella, con una locura tan simpática como la de Ofelia, con la que sin duda guarda un gran parentesco. Y Fausto, fiel a este camino que se ha trazado desde el principio, camino de violencias y de determinaciones rápidas se lamenta con furia; pero no es capaz de resolver; se lamenta de que sufra Margarita; pero no se atreve a dar solución al problema moral. Fausto siente el

mal de la humanidad, que con sus preocupaciones estúpidas sacrifica así a la pobre niña; pero solo se le ocurre huir, y no tiene tampoco el menor gesto de perdón; sigue amando, pero el amor suyo sigue teniendo la misma ceguera al lado de la misma preocupación ante el problema del amor, frente a la colectividad.

Aunque transcurre mucho tiempo desde la publicación de la primera parte del *Fausto*, hasta que aparece la segunda, no se ha perdido entre ellos el enlace, y se ve claramente, si los datos notariales o históricos que de ello tenemos, no fueran bastantes para asegurarlo, que el asunto de esta obra fué el asunto de la vida del autor; de un hombre que tenía plena conciencia o creencia de que su vida tenía un fin, y que para llegar a cumplirlo era necesario pasar acaso por delante de algunas gentes medianas, como un dios soberbio e imponente. Fausto, después del trágico episodio de la muerte de Margarita, queda anonadado, como queda después de haber tropezado con la realidad avasalladora, pero sin dejar por eso de pensar en que es preciso vencer a esa realidad, luchando con todo entusiasmo y empleando las armas que corresponden a un hombre tan bien nacido como él: las armas purificadas y limpias de la verdad.

En el comienzo del primer acto, Fausto señala, en un inspiradísimo canto, esos años que han pasado, más bien que en buscar la verdad, en purificar las armas, en la búsqueda del instrumento adecuado. «Todo puede llevarlo a cabo el alma noble que sabe y pone resueitamente manos a la obra».

«Los pulsos de la vida laten con nueva animación para saludar amorosos el etéreo crepúsculo. Esta noche también tú, Tierra, estuviste firme, y con renovados bríos alientas a mis pies; empiezas ya a rodearme de placer, despiertas y excitas en mí una enérgica resolución: la de aspirar sin tregua a la más elevada existencia.....» (pág. 8).

Se dispone a luchar con toda valentía, y él, que parecía ser un juguete del fantasma de la duda, tiene la esperanza plena de la victoria.

Y para ello se acerca de nuevo a la realidad, de la que nunca quisiera él salir. En el Palacio Imperial (pág. 10), se habla de la verdadera Justicia y de lo mal que anda el mundo. El Emperador trata de resolver la cuestión política siempre revuelta y confusa, con la ayuda de Mefistófeles. Esa cuestión difícil que siempre ha de tener, mientras el mundo sea mundo, abiertas las heridas, por la siempre latente dificultad de poner de acuerdo la gran variedad de las almas y sujetarlas a una norma fija, cuando precisamente el encanto humano estriba en esa variedad multiforme. Goethe sabe traducir, ahora como siempre, y aquí de una manera cada vez más destacada, la actualidad genérica, hurtándose con admirable serenidad a lo específico; o sea que, con sólo leves variaciones, lo mismo que él dice, podría ser actual en estos momentos. La política consigue al fin una graciosa farsa:

la de la firma por el monarca de unos billetes que representan unos tesoros fantásticos. Basta con contener el hambre por un medio cualquiera, aunque sea ilusorio. Y se propone la circulación de los billetes, a la que se atribuye un origen infernal. Las gentes reciben la llegada del tesoro con grandes fiestas; pero el Emperador reconoce, pasado algún tiempo, que todo sigue igual, (páginas 10 y 53).

Quiere hacerse eco de toda la realidad; las luchas sociales; el problema, de jamás desvanecida actualidad, de las muchachas casaderas; la pérdida de humanidad en el beodo imbécil y amoral, que, entre los vapores del vino, ha dejado marchar las últimas briznas de su razón; la eterna canción de los poetas, verdaderos avanzados en la marcha de la vida, con la inacabable ambición que les lleva constantemente a la sublimación de la vanidad, algunas veces con graciosísimas invenciones, como la que se refiere a los poetas de la noche, que hablan con un vampiro recién resucitado, el cual les va a comunicar un nuevo género de poesía, símbolo de todos los poetas chirles de todas las épocas, que escriben sus versos por las mismas razones que muchos muchachos fuman, aguantando pacientemente las turbonadas de humo, y sólo atentos al efecto que puede producir en los demás el que los vean hechos unos hombrecitos. Goethe, quizá cansado de los poetas bulliciosos que a todas partes llegan con su osado desparpajo, se contenta con arrimarlos a los vampiros y reírse. Por la forma recuerda un poco a la danza general de la Muerte, y casi no cabe duda que la tuvo muy en cuenta, aunque fácilmente se colige que será alguna versión alemana, así como también pueden apreciarse algunos vestigios de que conociera los *Sueños* de Quevedo. Describe la poesía en un mancebo, Euforion, y... todo es una sátira de la vida, en la que ha tenido la paciencia de buscar y la fortuna de encontrar, lo que hay de eterno y de universal.

El Emperador, al servicio del cual están Fausto y Mefistófeles pide una nueva cosa: ver a Helena y a Paris. Fausto no sabe cómo hacerlo, pero auxiliado por las madres, las ideas, a quienes acude por consejo de Mefistófeles, logra hacer, por medio de una maniobra astrológica, que aparezcan aquellas dos figuras, representando el Rapto de Helena. He aquí algo de lo conseguido por la astrología: la recuperación del tiempo pasado, la renovación de los hechos. Algo parecido a lo que ocurriría, por ejemplo, en un astro, al cual tardase en llegar la luz reflejada de nuestro planeta 3.122 años. En él, si fuese posible que distinguieran las acciones de los hombres, estarían viendo ahora mismo los hechos ocurridos en la guerra de Troya. Es decir que nuestra vida está eternamente grabada en los rayos de la luz que infinitamente, en tiempo, atraviesan el espacio infinito.

Aparece el súbito enamoramiento de Fausto de aquella figura que sólo ha aparecido como una proyección luminosa. La visión aquí de Goethe, fué espléndida, pues los personajes, en bellos diálogos de un sabor absolutamente real, hablan como si estu-

vieran viendo una proyección cinematográfica, o algo parecido, que luego se disipa como en vapor. El esfuerzo de Fausto ha sido tremendo, y cae desvanecido.

El Acto II, comienza en la Universidad; Wagner, el antiguo fámulo de Fausto, se ha hecho Doctor. Mefistófeles vuelve a encontrar al estudiante de la parte 1.^a que había llegado a aprender (pág. 144) tímido y avergonzado, pero con gran deseo; ahora es un Bachiller petulante; entre los dos se burlan de los sabios, y con notable excepticismo dudan de toda la sabiduría. Mefistófeles dice una vez, con profundo conocimiento de la realidad: «Cuando a la juventud se le dice la pura verdad, en modo alguno les acomoda a los mozaibetes; más cuando transcurridos varios años, la han duramente experimentado ellos sobre su mismo pellejo, entonces, en su petulancia, se figuran que ha salido de su propio caletre, y así, van diciendo que el maestro era un imbécil» (pág. 93).

Wagner ha llegado a crear, por medio de la química, la sustancia humana, o sea el homúnculo, y Fausto celebra la Noche de (Santa) Walpurgis clásica. En ella va recorriendo los símbolos más destacados de todas las creencias; todo lo ideal, inventado por cerebros enfermos o equivocados (1).

Fausto habla con Quirón (pág. 119) y dice que si él no podría conseguir que resucitara Helena para desposarse con ella. Cree Fausto que una mujer que fué causa de la guerra más célebre del mundo, es digna de ese milagro. Para dar fuerza a su petición recuerda que Helena, según dice la leyenda, tuvo un hijo de Aquiles, mucho tiempo después de muerto éste, para lo cual tuvo que resucitar. Fausto quiere emplear, para su conjuro, «la fuerza del más ardiente anhelo». Aquí lanza Fausto una sátira cruel contra los médicos, diciendo que Manto implora a su padre Esculapio un momento durante todos los años «con el objeto de que, para gloria suya, ilumine al fin el entendimiento de los médicos y los aparte del homicidio temerario».

En su recorrido por el país de la belleza, donde quiere conocerlo todo, va saludando la mitología, haciendo que se parezcan el demonio cristiano y las Fórcidas, por ejemplo (pág. 147). Tal vez quiere ver cómo a través de los años la mitología se ha conservado transformándose y enriqueciéndose. Proteo, dice (pág. 162) que el oro que sirvió para las estatuas de los dioses, fundido, es el mismo que sirve ahora para otras estatuas de otros dioses; una gran hecatombe obligó a esta transformación. Esto con la teoría de la evolución, de la cual fué Goethe un precursor glorioso—. Igual pudo pasar con las creencias; la fe fué cambiando de objeto en el transcurso de los tiempos...

Acto III.—De todo lo clásico va a recoger un ejemplo. A esa belleza clásica, representada por Helena, Fausto se une.

(1) Entre una y otra noche de Santa Walpurgis hay esta diferencia: la una trata del mundo real, y la otra del ideal, y ambas se parecen en que ante los ojos de Fausto son imperfectas.

Aparece una bella evocación de lo clásico. Helena se presenta ante el Palacio de Menelao (pág. 170) al que saluda así: «Os saludo, batientes de la puerta de bronce. Por vuestra amplia abertura que invita hospitalaria, un día Menelao, elegido entre un gran número, vino radiante a mi encuentro en calidad de novio». Entra en el Palacio y el diálogo con el coro es muy semejante al diálogo de Homero, con aquellas atrevidas metáforas que a veces llenan todo el poema:

«¿Lo he visto, o es que mi espíritu oprimido de angustia, ha forjado tal embrollo? Nunca sabré decirlo; pero yo veo aquí con mis propios ojos esa figura horrible, sí, lo se de cierto. Podría hasta cogerla con las manos, si no me contuviera el temor del peligro». Es una bellísima forma de realizar la ilusión.

Recoge la versión de Eurípides de que Paris no llevó a Troya a Helena sino a su *eidolon* o fantasma, y luego Menelao encontró en Egipto a su esposa sin mancilla (pág. 185). Pero dice que Helena, como todas sus siervas, han de morir al fin y con frase acertada siempre: «marchítanse las jóvenes como la hierba segada en los prados» (pág. 190).

En el Patio del Palacio la Corifea define a las mujeres y a los mancebos y luego aparece, ante todo esto clásico, Fausto vestido de etiqueta de la E. M. El Guardián Linceo se ha descuidado y no ha visto cómo llegaba Helena, lo clásico hacia lo romántico: el Oriente, hacia Occidente. Es bellísima toda la escena del encuentro de Fausto y Helena. Linceo habla de versos rítmicos y Helena rítmicos. Muy dulce el amor de Fausto y Helena (pág. 207) y hacia ellos «con oleadas de guerreros» Menelao avanza.

Fausto y Helena han tenido un hijo, Enforión, hijo de lo romántico y de lo clásico, y que tal vez simboliza el arte producido por Goethe o que producirá él o sus sucesores. En Fórcida está representada la crítica estúpida; «cuando raya el día en el alma, encontramos en nuestro propio corazón lo que nos niega el mundo entero».

Pero Enforión, que es lo nuevo, salta, tal vez demasiado, confiando mucho en su propio esfuerzo, y cuando muere, Helena abandona a Fausto dejándole en prenda sólo el vestido. El genio poético, que es Enforión, ha muerto.

Acto IV.—Tal vez ha muerto Enforión; pero Goethe sabe que el pueblo ha recibido un nuevo impulso; acuden allí Fausto y Mefistófeles y este describe lo que es el Imperio desde que ellos introdujeron la circulación fiduciaria; en los comienzos, se sintió muy beneficiosa la reforma; pero apenas ha pasado algún tiempo, las cosas han vuelto a su cauce primitivo, y de nuevo la gente se ve agobiada por el mañana. En todo está retratado, con admirable visión, el eterno descontento de la humanidad—colectividad—ante la vida; jamás ha de encontrar nada que le sirva de satisfacción; como es todo pasión, siempre pasión, no se puede sujetar y cualquiera cosa que le ayude momentáneamente le alborota y embriaga; pero pronto, por la natural evolución, nota

su ansiedad no satisfecha y grita de nuevo buscando su nuevo deseo. Goethe, cada vez más seguro de la medida, cada vez más cerca de su ideal, fustiga duramente al vulgo (pág. 240) por su rustiqueza, y define al hombre de gobierno diciendo que el hombre que debe mandar, ha de sentir en el mando la dicha suprema (pág. 244). Describe la nación alemana, y todo lo que con ella lucha (pág. 248) y al declarar vencedor del Antiemperador (página 267), al Emperador, hace que éste distribuya de nuevo todos los cargos; es decir, introduce un cambio en las personas, a las que cree, por mil causas que no se entretiene—y ¿para qué?—en detallar, mal colocados en sus puestos. Quizá el Emperador, en esta concepción sea el mismo Imperio; tal vez ha querido significar aquí la lucha de la verdadera justicia contra el hombre que indebidamente desempeñe una función.

Acto V.—Fausto, ya cumplidos los cien años, quiere contemplar su obra, y ve cómo a pesar de sus esfuerzos el pueblo ha seguido su camino impertérito; la prosperidad, el bien, la justicia, no son cosas fácilmente asequibles para todos; ni el límite, la perfección de ellas es cosa visible para los hombres. Fausto no ha gozado ni un momento de aquella verdadera felicidad que pretendía, y por tanto (pág. 304) queda disuelto el pacto. Fausto sabe que sólo merece la libertad el que la gana todos los días (página 304); y su salvación está fundada en que «Aquél que se afana siempre aspirando a un ideal, podemos nosotros salvarle» (página 317). Es verdad que el pueblo desea purificarse; pero sólo se esfuerzan en una penitencia de anacoretas, que sólo puede salvarle parcialmente.

Mefistófeles no lamenta mucho, en verdad, la pérdida de aquella alma que asciende al cielo conducida por la Virgen.

Resumiendo este largo recorrido por el gran poema, podemos acaso imaginarnos algo de la génesis de él. Goethe se encuentra conque en el mundo sólo domina la materia, y lo ordinario y torpe, y se indigna y recuerda la juventud, en la que no se fijaba en estas cosas, y piensa que de buen grado volvería a ella, para atreverse a realizar la transformación de su pueblo. E imagina que puede volver a esa juventud aprovechando la leyenda de Fausto; no será joven, pero él, con su genio, podrá imaginarse su propia actitud como si lo fuera. Aprovecha la leyenda, en la cual incluye todos los conocimientos científicos de su época y todas las creencias supersticiosas, para que le ayuden a su ficción; y se realiza el Pacto con Mefistófeles, encarnación de lo negativo y escéptico que llevamos en nuestro ser, en el cual, a cambio del alma, que ofrece Fausto, ha de recibir un momento de verdadera felicidad, o sea, que Goethe daría de buena gana su alma—situándola sujeta a todas las creencias—, con tal de que la materia dejara de dominar en el mundo. Propone la unión de lo clásico con lo actual—de su época—como medio, es decir, un nuevo Renacimiento.

Fausto marcha a conocer lo actual, saliendo de su despacho

de sabio, de su torre de marfil, violentándose profundamente, y conoce a Margarita.

La noche de Santa Walpurgis representa la realidad de las gentes incultas, de la cual es un *specimen* los amores con Margarita.

En la segunda parte, Goethe quiere conocer lo que hay en el mundo del espíritu. No la vida individual, sino la colectiva, y hace un recorrido por todo lo clásico; la realidad no en concreto, sino en abstracto, purificando aquélla. Al querer incorporar todo lo clásico a lo actual, tropieza con graves inconvenientes; la incorporación no podrá hacerse porque en todos los mitos clásicos falta algo de la espiritualidad que el cristianismo ha introducido en la vida. La salvación de Fausto pudiera decirse que es el signo de la derrota de Goethe. Este, que trabajó constantemente purificándose, siguiendo el mismo camino de Sócrates, valga el ejemplo, no se esconde para reconocer cómo el esfuerzo titánico que ha sido necesario hacer para que la humanidad dé un salto, no ha tenido efectividad, porque todavía no se ha inventado el procedimiento de que los hombres sepan prescindir de su materia, que es la que, en general, los sujeta al mundo.

Tal vez el poeta no se sintiera satisfecho por lo que él llegara a pensar que pudiera haber sido el resultado de su obra; lo que parece no dejar lugar a dudar es que sí lo estuvo del poema que le ocupó toda su vida, y que los últimos años de ella los pasó satisfecho, contemplando con legítimo orgullo el resultado de su labor perseverante, que le pudo permitir vanagloriarse de haber cumplido bien su misión en la tierra, y que por tanto no tenía que violentarse en el esfuerzo para seguir el camino de la inmortalidad. Y en la misma tierra encontró el premio de su vivir puro y honesto, y de inquebrantable amor al ideal de lo bello y de lo bueno.

Y con esto termina este modesto homenaje que al gran poeta dedica el más humilde de sus admiradores.

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA.



FUENTES PARA LA HISTORIA DE CÓRDOBA EN LA EDAD MEDIA

La Embajada del Emperador de Alemania Otón I al Califa de Córdoba Abderrahmán III

Entre las fuentes históricas para el estudio de Córdoba durante la Edad Media, ocupa un lugar preferente un fragmento de la *Vida de San Juan de Gortz*, escrita por Juan, Abad de San Arnulfo en Metz (Alsacia Lorena), en la segunda mitad del siglo X, referente a una embajada que el Emperador de Alemania, Otón I, envió en 954 al Califa de Córdoba, Abderrahmán III.

Durante su larga estancia en la capital del Califato, Juan pudo informarse detalladamente del estado social y político de nuestra ciudad, de las costumbres de los musulmanes y mozárabes y de otros mil pormenores muy preciosos que iluminan vivamente las tinieblas de la Edad Media. Juan, a su regreso a su patria, refiere a sus compañeros cuanto ha visto y oído, y el cronista del monasterio consigna en la vida del Santo su relato verídico y sincero, impregnado de profundo dramatismo y de un grandísimo interés novelesco. En medio de la escasez de fuentes cristianas relativas a esta época, la crónica del Abad de San Arnulfo, proyecta luz vivísima sobre nuestra ciudad, poniéndonos de relieve el carácter de los dos personajes más poderosos de la época Abderrahmán III y Otón I, sirviendo de contraste la diversidad de costumbres y creencias religiosas.

La primera parte de la *Vida de San Juan de Gortz*, la había acabado en 978. La parte segunda, que comprende su venida y estancia en Córdoba (953-956), quedó incompleta, y lo que prometió en el texto acerca de su muerte, pereció, o más probablemente, no llegó a escribirse a causa sin duda de haber muerto su autor antes del año 984.

Por lo demás, esta embajada de Otón al Califa de Córdoba, está atestigüada por las crónicas árabes. «En 342 (18 de Mayo 953), llegaron enviados dirigidos por Othon, rey de los Eslavos, a En Nacir». (Texto Hunua. Dozy sugiere que pueda tratarse, mediante una ligera corrección, de Othón, es decir, Ottón u Othón I el Grande). Nota del traductor E. Fagnan, *Histoire de l' Afrique et de l' Espagne*, intitulée *Al Bayano 'l Mogrib*, tomo II, pág. 362, Argel, 1904.

El códice, siglo X, perteneció primero al convento de San Arnulfo, en Gortz. Fué llevado posteriormente al convento de San Germán des Prés, y actualmente se encuentra en la Biblioteca Nacional de París.

Lo publicó por vez primera Labbe en *Nov. Bibl.*, I, 741 y siguientes, y después Bolando en *Act. Sanct. Febrero III*, pág. 686, y Mabillon en *Act. SS.*, o. S. B. pág. 363. Posteriormente fué publicado por Pertz en *Monum. Germ. Histor. Scriptor.* IV, pág. 335, y por Migne, *Patrol. Lat.* 137, col. 298-310.

Ultimamente fué publicado el texto latino acompañado de una traducción española del Sr. A. Paz y Melia, en la «*Revista de Archivos*», I, año 1872, y en tirada aparte del mismo año, Madrid, Imprenta H. Rivadeneyra. Por su rareza constituye hoy ésta una curiosidad bibliográfica.

Debidamente autorizada esta Academia hace algún tiempo por el señor Paz y Melia para reproducir la traducción española en su *BOLETÍN*, sale hoy nuevamente ésta a luz, en la seguridad de que ha de ser bien acogida entre sus lectores. En obsequio a los eruditos damos también el texto latino.

Nos complacemos, por último, en testimoniar desde estas columnas al señor Paz y Melia nuestro más ferviente agradecimiento.

X.

En la vida de Juan de Gortz, escrita por Juan, abad de San Arnulfo en el siglo X, se refiere el viaje de aquél a España en calidad de enviado del Emperador Otón I de Alemania a Abderrahmán III. Este viaje, tanto por su antigüedad cuanto por las curiosas noticias que da de la corte del poderoso Califa, ha parecido digno de ocupar un lugar en las columnas de la Revista. El texto latino va confrontado con el inserto en la magnífica obra titulada *Monumenta Germaniæ historica*, coleccionada por Pertz, a su vez tomado del códice en pergamino, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París; y aunque el estilo adolece de alguna difusión, defecto que aún se nota más en la traducción, el autor merece entero crédito por haber recogido de boca del mismo Juan de Gortz y de sus compañeros los sucesos que refiere. No estará de más, por último, pedir indulgencia para esta traducción, que siempre es difícil tratándose de esta clase de escritos, pero mucho más cuando, como en el caso presente, procede de no muy experta, aunque sí bien intencionada pluma.

A. P. y M.



EMBAJADA DEL EMPERADOR DE ALEMANIA
OTON I AL CALIFA DE CORDOBA
ABDERRAHMÁN III

A. 950?—Cap. 115. El rey de España, Abderrahmán, movido por el glorioso renombre y las insignes empresas contra diferentes pueblos del entonces gran rey Otón, después César Augusto, le dirigió una embajada con presentes dignos de su real munificencia. Los enviados fueron recibidos con la solemne ostentación propia de tan gran majestad, obligándoseles a permanecer entre nosotros bastante tiempo, durante el cual murió el obispo a cuyas órdenes venían. Empezaron, pues, a tratar los nuestros de las personas que habrían de enviarse a aquel soberano, y después de largas deliberaciones, se convino por último, en que siendo infiel y sacrílego, hallándose muy apartado de la verdadera fe, como sarraceno que era, y habiendo además estampado algunas blasfemias contra Cristo en las cartas que remitiera, aun cuando por otra parte pedía la amistad de un príncipe cristiano, los legados que se le enviaran deberían dirigirle sus exhortaciones, al mismo tiempo que le presentasen las cartas del Emperador, o intentar apartarle de su impiedad, si el cielo les proporcionaba algún medio oportuno.

115. Legatio regis Hispaniæ Abderahamenis, fama gloriæ insigniumque factorum in gentes diversas tunc jam magni regis, postmodum vero Caesaris Augusti, domni Ottonis perciti, forte cum muneribus pro regia munificencia missis advenerat. Legati, quibus episcopus quidam præerat, dignitate solemni pro tanta majestate excepti, diuque retenti; inter moras episcopus, qui legatis præerat, mortem obit. Dum a nostris qui item eo remittantur disquiritur, post nonnulla aliquandiu tracta consilia, id demum convenit, ut quia idem rex sacrilegus et profanus, utpote sarracenus, et a vera fide præsus esset alienus, quique quamvis amicitiam expeteret principis christiani, in litteris tamen quas miserat blasphema nonnulla in Christum evomuerat, cum scriptis imperialibus quæ ferrent, vocem quoque suam ipsi aperire, et si quo pacto divinitus daretur, immutare possent perfidiam.

953.—116. Casualmente por aquellos días, nuestro Adalberón, de santa memoria, había ido a palacio. Bruno, hermano del rey, que después había de prestar tantos, tan útiles y brillantes servicios; hombre que por su gran conocimiento y por su práctica de los negocios públicos, como por su erudición en todas las artes liberales, y vasta instrucción en la literatura griega, superaba a todos los sabios de su época, y casi igualaba a los antiguos, era, a la sazón, el intermediario y el más experimentado consejero en cuantos asuntos, así públicos como privados, ocurrían, estándole también encomendada la expedición de los rescriptos o cartas imperiales. Este tal, contra los diversos pareceres de los demás, designó a nuestro obispo Adalberón, de santa memoria, añadiendo que a nadie mejor que a él podía encomendársele tal encargo, por cuanto tenía bajo su jurisdicción espiritual muchos varones de gran perfección, de quienes, como muertos ya para el siglo, podía afirmarse con seguridad que jamás cejarían ante la violencia de los hombres, y que hablarían libremente en defensa de la fe ante todas las potestades de la tierra. Buscose inmediatamente al obispo y se le ordenó eligiese dos de sus subordinados, que fuesen a propósito para la embajada que se intentaba enviar a España. En cumplimiento de lo mandado, el Prelado llamó al Abad Eginondo y le comunicó las órdenes del Rey, encargándole escogiese para el desempeño de lo dispuesto dos de sus religiosos, que fueron primeramente Angilramno y Wido. Según prescripción del Rey, sufragó el monasterio los gastos y preparó lo necesario para el camino; y se mandó que viniese sin pérdida de momento cierto su-

116. Forte sub ipsos dies Adalbero noster, sacræ memoriæ, palatium adierat. Bruno, magno ac felici postmodum futurus usui et decori, germanus regis, sapientia et prudentia cum rerum publicarum tum omnium liberalium eruditione disciplinarum ita adprime eruditus, ut sui temporis omnes superaret et antiquos pene æquiperaret, cui insuper et græcæ lectionis multa accesserat instructio, omnium tunc temporis publice ac privatim agendorum communicator ac prudentissimus erat consultor, eique imperialium data providentia litterarum. Is variæ cæteris consultantibus, nostrum Adalberonem sacræ memoriæ nominat episcopum, nullique aptius id negotii sic addit posse injungi, quia ipse plurimos perfectorum virorum haberet, quos humanis nequaquam cessuros terroribus satis constaret, utpote seculo jam defunctos et libero pro fide curam quibuslibet potestatibus ore loquuturos. Convenitur continuo episcopus et ut duos suorum idoneos legationi Hispaniarum paret imperatur. Mandatis acceptis, abbatem Eginoldum advocat, regiæ mandata insinuat: suorum duos disquirat qui imperata perficiant. Lecti primum duo Angilramnus et Wido, regiæque majestatis jussu ex monastero sumptus et copia parantur itineris; ad hoc

jeto de Verdún, a quien se le había ordenado conducirse a los legados a España, valiéndose de su conocimiento de este país. Dispuestas así las cosas, un día el citado Wido, uno de los elegidos, reprendido en el capítulo por no se qué descuido, se desató en tales insultos contra el Abad y contra la comunidad toda, que no siendo posible reprimir el impetuoso arrebató de su furor y cólera, ni queriendo en manera alguna someterse al yugo de la regla monástica, fué preciso, por último, despojarle de su hábito y expulsarle del monasterio. Inmediatamente se hizo saber lo ocurrido al Emperador, el cual dispuso que no se contase con él y se eligiese a otro en su lugar.

117.—Después de haberse buscado por algún tiempo quien le substituyera, y cuando ya todos se habían excusado terminantemente, sin que entretantos hubiese uno solo que se decidiese a tomar sobre sí aquella empresa, de repente y sin vacilar se ofreció Juan voluntariamente para el caso. No llevó esto muy a bien el abad, quien por recaer sobre aquel todo el peso de los asuntos del monasterio, podía entregarse a un grato descanso, y a ser posible, jamás hubiera consentido en desprenderse de él; pero sin embargo, pudo más la caridad perfecta, que antepone siempre al interés propio el de los demás. Por otra parte, viendo los deseos de aquel varón de recibir la palma del martirio, si la ocasión se le presentaba, prefirió entregársele a Jesucristo a retenerle para su propia conveniencia, y así, aprobando la determinación de Juan, le dirigió al Emperador, según

et quo Virdunensis quidam, gnarus partium Hispanarum, qui eos jussus erat deducere, mora omni postposita veniat jubetur, cum ecce præfatus Wido, alter delectorum, die quadam pro qua nescio negligentia in conventu fratrum increpitus, in tantæ asperitatem proterviæ tam in abbatem quam in universum erupit collegium, ut ad ultimum, cum tumor nimie animositatis et insanie in eo nequaquam reprimi valuerit, nec regularem pati disciplinam aliquatenus adquieverit, demptus cucullo monasterio pelletur. Id impetatori continuo nuntiatur. Jussum, illum abradi, aliumque pro eo adscribi.

117. Cum diu his quaereretur, omnesque prorsus refugerent, nec in tanta congregatione quisquam inveniri posset, qui se id aggredi ullo modo posse fateretur, Johannes repente nihil cunctabundus se ultroneus offert. Abbate aliquantulum ægre ferente, quod, in eum tota re monasterii incumbente, grata ipse quiete potiebatur, eo numquam si esset possibile abstinere pateretur; vicit tamen perfectio caritatis, quæ non quærit quæ sua sunt, sed potius quæ alienorum. Simul quia videbat virum cupidum esse martirii, si sors ita tulisset, Christo potius transmittere quam suis optavit necessitatibus retinere. Ita assensus imperatori ex legatione episcopi, Joham-

el encargo del obispo. Esta sustitución fué muy del agrado del Emperador, porque la edad y capacidad del elegido le hacían muy a propósito por todos conceptos para desempeñar aquel cometido, y así, le dió sus instrucciones, cartas y presentes regios, disponiendo además que le acompañase el citado habitante de Verdun (1), llamado Ermenardo, atendiendo a su conocimiento de los países y localidades. Juan suplicó que le entregasen a éste los presentes, y él se quedó tan sólo con las cartas. Llegado a Gorze, apresuró la marcha, y venciendo las dilaciones de su compañero, y llevando consigo las cartas, se puso en camino, encomendado a las oraciones y protección de todos los santos. El monasterio le suministró los recursos necesarios. Concediósele por auxiliar tan sólo un diácono, llamado Garamano, religioso de excelente disposición para todo, y además se le dieron cinco caballos para montar y llevar los equipajes. El otro compañero, que habitaba en una aldea no muy distante de Toul, se reunió con Juan en Charpagne, y desde allí se dirigieron a España por Langres, Beaune, Dijón y Lyon.

953.—118. Embarcados sus efectos para ser conducidos por el Ródano hasta un punto determinado, hubieron de experimentar no pocos daños

nes dirigitur. Imperator multa hoc amplius delectatus, quem ætate et prudentia ad id negotii omnimodis idoneum advertibat, mandata cum litteris seu muneribus imperatoris ei committit, prædictumque Vir dunensem cui munera tradi Johannes expostulat, ipse litterarum tantum bajulus fit. Rediens Gorziam, iter ocius accelerat, posthabitisque socii procrastinationibus, ipse litteras secum habens, omnium sanctorum precibus commendatus et votis, proficiscitur. Sumptus omnis ex monasterio ei factus. Ministri monachus tantum unus, Garamannus vocabulo, ordine diaconus, bonae per omnia indolis additur. Caballi ad equitandum et sarcinas portandas quinque sunt delegati. Socius morabatur in vico quodam non multum a Tullo distante, qui videlicet Johannem Scarponnæ insequitur; hinc Longohas, Belnam, Divionem, Lugdunum. Hispaniam versus intendunt.

118. Ubi sarcinis navi impositis Rhodanoque usque ad certum locum vehendis, dispendium perpassi non modicum nam, navibus invasis, plura

(1) Sobre el singular comercio que los de Verdun hacían con España, trasladamos a continuación lo que dice Luitprando, hablando de los presentes que hubo de comprar para ofrecerlos al Emperador Constantino (año 949?), por no aparecer menos que los enviados españoles que llevaban ricas dádivas; y lo conservamos en latín «pudoris causa»: *Obtuli autem, dice, loricas optimas 9, scuta optima cum bullis deauratis 7, coppas argenteas deauratas 2, enses, lanceas, verua, mancipia 4 carzimasia, imperatori nominatis omnibus pretiosiora. Carzimasium autem Græci vocant amputatis virilibus et virga puerum eunuchum; quod Verdunenses mercatores ob inensum lucrum facere et in Hispaniam ducere solent».*

a causa de haber perdido gran parte de aquellos por haber invadido el agua los mares; mas al cabo, después de algunos percances, llegaron a España. Quince días se detuvieron en Barcelona, mientras que se expedía un mensajero a Tortosa, primera ciudad del Rey sarraceno. El Gobernador de ella les envió a decir al punto que apresurasen su marcha, y luego que llegaron a la población, les detuvo un mes entero, proveyéndoles de todo cuanto necesitaban, hasta tanto que anunciada su venida con la mayor rapidez al Rey de Córdoba, se dieron las órdenes convenientes, para que por todas las ciudades y puntos de su tránsito se les recibiese con los honores regios, dignos de su elevado cargo. Finalmente, llegaron a Córdoba, y allí se les señaló por alojamiento una casa distante del palacio como unos dos mil pasos, donde con lujo regio y con desusado aparato se les obligó a permanecer por algunos días. (A. 954).

119.—Haciéndoseles enojosa la demora, preguntaron a los que les servían por qué se retardaba tanto tiempo su presentación al Rey, y fueles respondido, que habiéndose detenido por espacio de tres años a los embajadores antes enviados por nuestro soberano, se había resuelto que ellos no viesen al Rey hasta pasado tres veces aquel tiempo, esto es, hasta dentro de nueve años. En tanto llegaron allí a verlos ciertos sujetos de palacio, y habiéndoles preguntado la causa de su viaje y procurado enterarse de todo con maña, viendo que no podían llegar a saber de ellos nada de positivo, porque decían que no les era lícito en manera alguna comunicar a nadie el objeto de su venida sino en presencia del Rey, empeza-

suorum amiserant, post quædam recepta Hispaniam tendit. Barcinonam venientes, quindecim diebus morantur, donec nuntius Tortosæ missus est. Ea prima regis sarracenorum erat. Dux continuo eos properare resignat exceptosque mense integro detinet, atque ad omnem copiam procurat, donec velocius regi Córdubæ nuntiati, de exceptione eorum per singulas civitates vel loca digne regia mandatum est honorificentia. Tandem Córdubam regiam urbem deducti, a palatio domus quædam duobus fere milibus distans eis est delegata; ubi regifico luxu omnibus etiam præter usum exhibitis, per nonnullos dies coacti sunt remorari.

119. Cum jam morarum tederet, curque præsentia regis tandiu retinerentur, ab his qui se procurabant disquirerent, dictum est, quia nuntii prius missi a rege nostro triennio erant detenti, se ter tantum, id est novem annos, conductum esse a conspectu regio abstineri. Interea quidam ex palatio illuc viros visum venientes causamque adventus eorum percunctantes, dum callide cuncta explorant, nihilque ab eis certis acciperent, qui sibi nisi præsentis regi mandata cuiquam edicere fas nullo modo esse dicebant, illi jam cuncta se percepisse jactabant, et quia contra leges ipsorum

ron a jactarse de que ya lo sabían todo, y que el ser portadores de cartas para el monarca, contrarias a sus leyes, les hacía correr el mayor peligro, tanto más, cuanto que su contenido había llegado ya a noticia de los príncipes. Y en efecto, si bien a consecuencia de una perfidia, así era la verdad; pues que cierto presbítero, compañero del difunto obispo, embajador ya citado, a quien encontraron en Toul, ciudad de nuestro país, y que durante todo el camino había vivido en la mayor intimidad con ellos, luego que llegaron a Tortosa, primera ciudad del reino sarraceno, temiendo por su vida si volvía sin cartas, habiendo sido compañero del difunto legado, les pidió le enseñasen las suyas, como a persona de confianza que era, y se apoderó rápidamente de su contenido. Hecho esto mientras ellos se detuvieron en Zaragoza y demás poblaciones, después de salir de Tortosa, les adelantó y entró en Córdoba con las cartas. No pudo saberse muy bien como llegó esto a divulgarse; por lo demás la noticia produjo gran agitación entre los magnates y el pueblo.

120.—En su consecuencia, después de haber aquellos deliberado entre sí para asegurarse de si esto había llegado a noticia del Rey, y no pudiendo saberlo de un modo indudable, resolvieron ir ellos mismos a informarse de aquél sobre este particular. Debe advertirse que la ley porque se rigen es tan inflexible, que aquello que de antiguo se impuso una vez como precepto a toda la nación, no puede ya jamás anularse en manera alguna, y obliga por igual al Rey y al pueblo, pagándose con la vida toda transgresión que castiga el Rey cuando procede de sus súbditos.

litteras regis afferrent ultimunque eis sine dubio instare periculum, quia et ipse jam litterae in noticiam principum devenissent. Et revera, quamquam dolo contigerit, ita erat. Nam a civitate Tullo nostrae provinciae, comitem episcopi legati defuncti, de quo dictum est, quendam secum presbyterum assumpserant, qui toto deinceps itinere eis in omnibus communicans, cum Tortosam, que prima erat regni Sarracenorum, venissent, metuens vitae, si, cum omnes legati defuncti fuisset, absque litteris revertetur, litteras eorum ut fido sibi poscens monstrari, citius excipit. Atque interim eis Augustae et reliquis civitatibus, ubi Tortosa relicta ierant, remorantibus, ipse Cordubam praecedit cum litteris. Quae quomodo vulgo innotuerint parum cognitu fuit; ceterum rumor optimates populumque commovit.

120. Itaque primates, inter se consilio habito, et utrum in notitiam regis ea jam venerint disquirentes, ubi parum id compertum habent, per se regem super hoc statuunt perquirendum. Lex emin tam improvoeabilis eos constringit, ut quod semel antiquitus omni ei genti praefixum est, nullo unquam liceat modo dissolvi; parique modo rex populusque tenentur innesci, omnisque transgressio gladio feritur. Si quid ab inferioribus, rex,

tos, así como el pueblo todo se levanta para castigar las que aquél comete. La primera y más terrible prescripción de sus leyes es que nadie sea osado a proferir la menor palabra contra su religión, delito que sin remisión alguna se expia con la muerte, tanto en los naturales como en los extranjeros, incurriendo el Rey, si al oírlo difiriese el castigo para el siguiente día, en igual pena, que se ejecuta sin la menor indulgencia. Así pues, cuando aquellos magnates se dirigieron a palacio y preguntaron al Rey sobre el particular, valiéndose de intermediarios—por que muy raro es el que logra ser introducido a su presencia, y nadie sin haber vencido antes grandes dificultades, tratándose todos los asuntos por cartas que llevan a su destino esclavos de cámara—, el Rey les respondió que no había venido a sus manos carta ni documento alguno de ellos, que sus amigos le habían anunciado la llegada de unos embajadores a él dirigidos, y que habían sido recibidos por su hijo en su propia casa, pero que todavía ignoraba el objeto que traían. Con esta respuesta logró calmar la agitación de los magnates; aunque la verdad era que ya había llegado a sus oídos aquel rumor, de cuya exactitud se cerciorara por medio de enviados secretos, si bien el temor a los suyos le determinó a ocultar de aquella manera lo ocurrido.

121.—Las vacilaciones y temores que por todas partes le asaltaban, y la consideración de que pudiera amenazarle algún peligro, hicieron que intentase prevenirlo por todos los medios imaginables, y al efecto empezó por comisionar a un judío llamado Hasdeu, el hombre más sagaz, que

si quit rex ipse commiserit, cunctis in eum populus animadvertit. Eis in legibus primum diruumque est, ne quis in religionem eorum quid unquam audeat loqui. Civis sit, extraneus sit, nulla intercedente redemptione capite plectitur. Si rex ipse audierit et in crastinum gladium retinuerit, ipse morti addicitur, nec ulla intervenire potest clementia. Primoribus ergo illis palatium petentibus, cum regi super hoc per nuntios suggessissent, nam accessus ad eum ipsum clarissimus, et nisi maximum quid ingruerit nullus, tantum litteris per sclavos cubicularios omnia perferuntur ille nihil eorum ad se perlatum rescribit. Amici legatos sibi missos, eosque filium suum in domo propria percepisse, necdumque se quid afferrent rescisse. Ita tumultus illorum sedatus est. Nam pro certo jam ad eum rumor venerat, et missis clam nuntiis vera esse compererat, sed timore suorum taliter rem omnem suppresserat.

121.—Rex undique meticulosus ancepsque, periculum sibi posse imminere considerans, artibus omnis generis quæ evadat pertemptat. Et primo quidem Judæum quemdam, cui nomen Hasdeu, quo neminem unquam pru-

nunca los nuestros vieran ni oyeran, según afirmaron, para que intentase averiguarlo todo por completo de boca de ellos mismos. Este tal, para conciliarse el afecto de Juan, a quien la voz pública designaba como el depositario de las instrucciones y cartas de su soberano, disipó los temores de que estaban poseídos y les dió la seguridad de que ninguno de ellos tendría que sufrir el menor daño, antes por el contrario, volverían a su patria con los honores debidos. Hizóles muchas advertencias respecto a las costumbres de aquellas gentes y a la conducta que ante ellos deberían observar, aconsejando a los más jóvenes que se abstuviesen de todo trato o acción licenciosos, porque todo llegaría al momento a noticia del Rey, por insignificante que fuese; que, si se les permitía salir por la ciudad, no respondiesen ni aun por señas a cualquiera chanza de las mujeres, porque nada sería más terrible para ellos, y que no se extralimitasen en lo más mínimo de las prescripciones que les fueran impuestas, porque esto sería en ellos lo más notado, y una vez presos, de nada les serviría su cualidad de embajadores. Juan respondió a ésto cual convenía, hizo gran aprecio de aquellas advertencias, amonestó a sus compañeros bajo el punto de vista de sus contrarios, y después de largos coloquios el judío entró inmediatamente en materia, inquiriendo con la mayor solicitud el objeto de su embajada; pero viendo que Juan vacilaba algún tanto en responderle—ya que hasta entonces se había guardado el secreto—, ofrecióle el sigilo, y si necesario fuese auxiliarle con sus seguros consejos. Entonces Juan lo expuso todo ordenadamente, manifestando que era portador de presentes para el

dentio rem se vidisse ant audisse nostri testati sunt, ad eos misit, qui de omnibus ab eis ipsis penitus exploraret. Is quoniam fama perferente dispersum fuerat, regii eum bajulum esse mandati, ut animum Johannis sibi conciliaret primo, quo sollicitabantur metu eum erigit, nihilque mali quemquam eorum ibi passurum, sed cum honore patriæ remittendos edicit. Nulta de ritu gentis, et qualiter se coram eis observare deberent commo- nuit. Ipsi juniores a quibuscumque vanis lascivis motibus locutionibusve compescerent; nihil tam parvum fore, quod non mox regiæ notiæ perferretur. Si copia sibi egrediendi pateret, nequa scurrilitate feminis saltem nutu se applicarent, nullam sibi pestem truculentiorum futuram; legem sibi propositam nullatenus excederent, quo nullo observatius notarentur, deprehensaque nihili perderentur. Johanne ad ea prout competebat respondente, atque acceptissime monitorem ferente, suosque ex contrariæ partis homine suffundente, post plura invicem conserta, pedetemptim Judæus causam ingreditur. Quid missi ferant, sollicite disquirat. Dum paululum cunctari videt Johannem nam tunc secreto inter eos agebatur, sui dat fidem silentii, immo si opus sit tuti opem consilii. Johannes cuncta ordine di-

Rey, y además, de una carta que debía entregarle, sin que pudiese exhibir aquéllos ni verle sin ésta; cuyo contenido le declaró al propio tiempo. «Peligroso me parece, dijo el judío, presentarse ante él con ella. Tened gran cautela con lo que le respondéis por conducto de sus enviados, y puesto que, como no dudo, conocéis ya el rigor de la ley, creo que debéis reflexionar y procurar no desafiarla inconsideradamente».

122.—Despidiose con esto de ellos el judío, y de allí a pocos meses vino a visitarles cierto obispo llamado Juan, el cual, después de haber conversado largamente con ellos, como se acostumbra entre correligionarios, les comunicó la orden del Rey para que se presentasen a él llevando únicamente los regalos. «¿Y qué he de hacer, dijo Juan, con las cartas del Emperador? ¿Por ventura no han sido éstas el principal motivo de mi venida? Puesto que el Rey se adelantó a escribir aquellas blasfemias, justo es que en las cartas se refuten los vanos fundamentos de su error.» A esto contestó el prelado con más templanza: «Considerad nuestra actual situación. Nuestros pecados nos han reducido a sufrir el yugo de los paganos, y las palabras del apostol nos prohíben resistir a los poderes establecidos. El único consuelo que en medio de tanta desgracia nos ha quedado, es que nos permiten regirnos por nuestras propias leyes, y que respetan y aprecian a aquellos que demuestran observar fielmente el cristianismo, y se complacen en su trato, mientras que aborrecen de todo punto

gerit. Dona regi missa, epistolam præterea auribus regis inferendam; absque ea neque dona exhibenda, neque præsentiam, sibi regis fas esse conveniendam. Sententiam simul epistolæ verbis aperit. «Periculosum, inquit Judeus, cum hac regem videre. Cauti certe sitis, quid nuntiis vobis vixissis regi respondeatis. Legis enim severitatem jam vobis innotuisse non dubito, eique declinandæ prudenter oportet consulere».

122.—Illo tunc discedente, post aliquot menses episcopus quidam Johannes ad eos missus est, qui post multa mutuæ confabulationis rogata et addita, ut fit inter fideles, colloquia, mandatum regis subinfert, ut cum muneribus solummodo in conspectu regis adveniant. «Quid ergo, Johannes ait, de litteris imperatoriis? Nonne earum maxime causa directus sum? quia ipse blasphemias præmisit, his etiam vana erroris sui commenta destruentibus confutetur». Ille ad hæc temperantior: «Considerate, ait, sub qua conditione agamus. Peccatis ad hæc devoluti sumus, ut paganorum subjaceamus ditioni. Resistere potestati verbo prohibemur apostoli. Tantum hoc unum relictum est solatii, quod in tantæ calamitatis malo legibus nos propriis uti non prohibent; qui quos diligentes christianitatis viderint observatores, colunt et amplectuntur, simul ipsorum convictu delectatur, cum Ju-

a los judíos. En semejantes circunstancias, pues, tenemos por regla de conducta, siempre que ningún ataque se dirija a la religión, condescender con ellos en todo lo demás, y obedecer sus órdenes en cuanto no se opongan a la fe cristiana. Por consiguiente mucho más, te conviene no hacer mención de tales cosas, y prescindir por completo de esa carta, que provocar un escándalo, en gran manera funesto a tí y a los tuyos, sin ninguna necesidad apremiante».

123.—«En nadie sienta tan mal ese lenguaje, dijo Juan algo más conmovido, como en tí, que según parece estás revestido del carácter episcopal. Siendo tú el apoyo de la fe y habiéndote además constituido tu superior jerarquía en defensor de ella, no sólo no debías retraer a los demás de proclamar la verdad por el temor de los hombres, sino que ni tú mismo deberías excusarte de hacerlo así; y mejor mil veces sería para el cristiano sufrir el cruel tormento del hambre, que participar de las comidas de los gentiles a costa de la salvación de su alma. Además, y ésto es detestable e impío para toda la Iglesia católica, he sabido que por conformaros con sus ritos, os habéis circuncidado, cuando la terrible sentencia del Apostol dice terminantemente: «Si os circuncidais de nada os aprovechará Cristo (1)». Asimismo de ciertos alimentos que aborreceis a causa de vuestra unión con ellos: «Todo es limpio para los limpios (2)», y «habrá espíritus de error que con su vana elocuencia y sus seducciones enseña-

dæos penitus exhorreant. Pro tempore igitur hoc videmur tenere consilii, ut quia religionis nulla infertur jactura, cetera eis obsequamur, jussisque eorum in quantum fidem non impediunt obtemperemus. Unde tibi multo satius nunc de his reticere, et epistolam illam omnino suppressere, quam scandalum tibi tuisque, nulla instante necessitate, pernitiosissimum concitare».

123.—Johannes paululum commotior: «Alium, inquit, quam te, qui videris episcopus, hæc proferre decuerat. Cum sis enim fidei assertor, ejusque te gradus celsior posuerit etiam defensorem, timore humano a veritate predicanda nedum alios compescere, sed nec te ipsum oportebat subducere; et melius omnino fuerat, hominem christianum famis grave ferre dispendium, quam cibis ad destructionem aliorum consotiarí gentilium. Ad hoc et quod omni catholicæ eclæsiæ detestabile est et nefarium, ad ritum eorum vos audio circuncisos, cum fortis sententia Apostoli reclamet: Si circuncidamini, Christus vobis nihil proderit (Galat. v, 2). Itemque de cibis, quos gratia communionis eorum abhominamini; Omnia munda mundis (Tit. I, 15); et: Erunt doctores vaniloqui et seductores docentes illa et illa, et inter cæ-

(1) Galat. V, 2.

(2) Tit. I, 15. 10.

rán diversas doctrinas, y entre ellas abstenerse de ciertos alimentos que Dios crió, para que con acción de gracias participasen de ellos los fieles (1)», y «la palabra de Dios y la oración santifican al hombre». A lo que contestó el obispo: «La necesidad nos ha obligado a obrar de esta manera; porque de otra no nos permitirían vivir entre ellos; además de que así lo hemos recibido de nuestros mayores por una larga tradición». Jamás aprobaré, dijo Juan, que se quebranten los divinos preceptos por el temor, afecto o favor de los hombres (2), y si vosotros, forzados por la necesidad, habeis tenido que transigir con ellos según confesais, yo, completamente libre de esa necesidad, por la gracia de Cristo, siento, merced a la divina misericordia, bastante resolución de ánimo para no dejar de dar cumplimiento al encargo que del Emperador recibí, por temor, dádiva o favor alguno. Así pues, no me presentaré al Rey sin la carta del Emperador, en la que no falte, ni se varíe, una letra, ni una coma, y si alguno maldijere de la recta fe católica que profesamos, y contradijese sus asertos, me opondré abiertamente, sin que el mismo temor de la muerte sea bastante a retraerme de proclamar la verdad».

124.—Todo esto se puso secretamente en conocimiento del Rey, porque este no había dado aun públicamente aquellas instrucciones, de manera

tera abstinere a cibis, quos Deus creavit percipere cum gratiarum actione fidelibus (Tit. I, 10: I Tim. IV, 3), et, Santificatur enim per verbum Dei et orationem (I Tim. IV, 5.)» At ille: «Necessitas, inquit, nos constringit; nam aliter eis cohabitandis nobis copia non esset; quin et a majoribus longeque antiquitus traditum observatumque ita tenemus. Numquam, Johannes inquit, id approbaverim, ut metu, amore, vel favore mortali, divina transgrediantur statuta. Illos enim inde deflexos vobis nunc pro auctoritate abuti videtis... vobis res fuerit consensus, cum dolore non neque am... qua amorem facere videmini regni cælorum; quoniam eis vos necessitate constrictos, assentire fatemini, mihi procul his necessitatibus Christi gratia libero, fixus Domino miserante stat animus, quod nullo terrore, allectione vel gratia, ab his quæ imperatoris suscepi mandatis deflectar. Nam nec sine epistola imperiali, nullis inde demptis vel commutatis usque ad unum apicem litteris, eum conveniam, et si quid contra eam quisquam oblatraverit, quæ sanæ et catholicæ fidei ferimus, et diversus ad hæc asserita obvenerit, palam resistam, nec ipsius amore vitæ ab attestazione veritatis diffugiam».

124.—Hæc regi clam nuntiantur. Nam necdum illa publice a rege,

(1) I Timot. IV, 3. 5.

(2) La falta de algunas palabras en el original hace imposible la traducción de este pasaje.

que pudiese contestárseles en igual forma, habiendo venido el obispo a visitar a Juan tan sólo para explorarle; y valiéndose de los recursos de su astucia, que se decía era superior a la de todos los mortales, decidió con-mover, ya por un medio, ya por otro, el ánimo de aquel hombre, intentando quebrantar la firmeza de su carácter, si posible le fuese, cual se lanzan contra una fuerte muralla las máquinas de guerra para destruirla. De allí a un mes, o a seis o siete semanas, se le enviaron emisarios regios para saber cual era su última resolución, y habiéndoles respondi-do que en nada había variado de su primer propósito, el Rey, ante un prodigio de constancia semejante, vacilaba en la elección del medio que para vencerla adoptara; hasta que por último, creyendo que lo que más pudiera aterrarle sería el peligro de los cristianos que en su reino se re-gían libremente por sus propias leyes y religión, le envió una carta llena de amenazas, cierto domingo, en cuyos días, únicamente, o en las gran-des festividades de nuestra religión, como la Natividad del Señor, la Epi-fanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés, día de San Juan, de los Apóstoles o de Santos renombrados, se les permitía acudir a la Iglesia próxima, de-dicada a San Martín, rodeados de doce guardias, llamados sayones. Aquel domingo, pues, cuando se dirigía a la Iglesia, se le entregó en el mismo camino una carta, que no quiso abrir hasta estar de vuelta en su casa, después de haber comulgado, porque su tamaño, que era una piel cuadra-

quibus item publice responderet, mandata directa fuerant, sed episcopus ille disquirendi tantum gratia advenerat. Rex callidis, quibus omnibus mor-talibus præstase dicebatur, consultatiolibus mentem hominis modo hac, modo illac, attemptare excogitat, et tamquam muro prævalido diversa arte impulsis machinis, ita firmitatem pectoris ejus, si quo pacto daretur, cer-tat concutere. Cumque post mensem aut sex vel septem ebdomadaram spa-tium ei regii nuntii mitterentur, atque ex ipso quid apud se præfinierit quererent, nihilque immutatum a primis initiis renuntiarent, rex miraculo tantæ constantiæ in diversa agebatur; et primo quidem terrere eum plus metu christianorum, qui regno ejus libere divinis suisque rebus utebantur, posse credens, diæ quadam qua dominica erat ei epistolam plenam mina-rum misit. His enim tantum diebus Dominicis, aut si qui festæ nostræ religionis erant maximi, Natalis Domini, Epiphaniarum, Paschæ, Ascen-sionis, Pentecostes, Sancti Johannis, Apostolorum aut nominatorum erant sanctorum, ad aeclessiam proximam, quæ erat in honore sancti Martini, permittebantur accedere, custodibus hinc inde duodecim, quos sagiones vo-cant, se deducentibus. Cum ergo ea dominica ad ecclesiam processisset, in ipso itinere epistola ei porrecta est. Et quia cartæ magnitudo, nam quadra pellis vervecis erat tenebat ne a communionem sacrorum quo tendebat avo-

da de carnero, le inspiraba temores de no poder acercarse a la sagrada mesa con la disposición debida. En efecto, encontró en ella terribles amenazas, confesando, después que jamás peligro alguno le había atemorizado hasta aquel punto.

125.—Porque después de muchas amenazas que se le hacían si no se prestaba a los deseos del Rey, y que afirmó no habrían logrado conmovérle lo más mínimo, acababa la carta por decir que si llegaba a ser condenado a muerte, no quedaría un solo cristiano con vida en toda España, sino que serían todos pasados a cuchillo, y aún añadía estas palabras: «Considera de cuantas almas, perdidas por tu culpa, y sin otra culpa por su parte, que tu obstinación, tendrás que responder ante Dios, cuando sólo debieran esperar de tí la salud y la paz, y cuando pudieras obtener de nosotros en favor suyo cuanto quisieses, a no oponerte tan tenazmente a nuestra voluntad». Luego que Juan hubo leído en silencio la carta en el mismo camino que seguía hacia su hospedaje al regresar de la Iglesia, y cuando su ánimo se hallaba grandemente agitado no sabiendo que partido tomar, ni cómo responder a aquella carta del Rey, porque no tenía mucha práctica en contestar a éstas, de repente el cielo le trajo a la memoria las palabras del Salmista, que, según después nos confesó muchas veces, disiparon de su alma todo terror: «Pon en manos de Dios todos tus cuidados», y estas otras: «¿Quién dió la boca al hombre? ¿Por ventura no fuí yo?» (1).

caretur, interim distulit aperire donec sacris peractis ad diversorium remearent. Ut revolvit, terrentia quaedam quae sibi contingere possent invenit, nec unquam alias ita re ullis terroribus percitum confessus est.

125.—Nam post multa, quae ei nisi jussis regis assentiretur comminabantur, quibus tamen nullo modo se motum fuisse testatus est, ad haec ultimum insertum est quod si ipsum interimeret, nullum in tota Hispania christianum vitae relinqueret, sed omnes gladio trucidaret. Addens hoc: «Cogita, inquit, quot animarum propter te interfectarum apud Deum reus erit, qui nisi contentione tua, a quo pacem et salutem magis sperare debuerant, nullo alio reatu peribunt, quippe pro eis quaecumque velles optinere a nobis posses sit tanta obstinatione nobis adversus persisteres. His in ipsa qua ab ecclesia hospitium repetebant via tacite perlectis, dum magnis animi actibus aliquandio agitatur, ut vel quod contra ea consilii caperes, vel qualiter ad haec regi rescriberet, quia non satis litteris respondendi usum habebat, repente sententiae illius caelitus, ut sepe nobis fatebatur, memoria menti tenorem omnem metumque preterruit: Jacta, inquit, in Domino curam tuam (Psal. LIV, 23), et alterius: Quis fecit os hominis? Nonne ego? (Exod. IV 11).

(1) Salm. LIV, 23; y Exod. IV, 11.

126.—Así, pues, luego que entró en su morada, dijo a su secretario: «Hermano Garamano, prepara prontamente un pergamino, para que escribas en él lo que yo te dicte»; y habiéndole aquél presentado al punto uno cuadrado, le mandó tomarle y preparar la pluma, empezando a dictarle con tal abundancia de palabras, que superó la velocidad del amanuense, hasta el punto de que éste se quejó de no poder seguirle, porque le dictaba muchas voces a un tiempo, aunque el citado Garamano era muy diestro y elegante pendolista. Procediendo a contestar ordenadamente a cada punto de la carta, hizo Juan escribir: «Que como legado del Emperador, observaría extrictamente las instrucciones que de éste recibiera, no siéndole lícito a él, a quien tan excelsa majestad había confiado sus cartas, y cartas sin sellar, presentarse sin ellas ante aquel a quien venía dirigido, ni pudiendo tampoco leerse en presencia del Rey, para quien se habían escrito, sin hallarse él presente: Que si se avenía a ésto, él, por su parte, no faltaría a ninguno de los respetos debidos al Soberano, porque (1); pero que de otra manera, antes sufriría todo género de tormentos que extralimitarse un ápice de lo que se le había mandado o de lo que de él exigiese el cumplimiento de su misión, y así como no había vacilado en responder a los que ya antes habían venido a atemorizarle, así, aunque diariamente se le arrancasen uno por uno todos los miembros de su cuerpo, desde las más pequeñas articulaciones hasta los órganos más importantes de la vida—puesto que no podría dársele mayor tormento que

126.—Mox hospitium ingressus: «Frater Garamanne, inquit, olius pellem in qua quicquid eloquar adscribas, para». Illo statim exhibente quadram exsectam, ut sumeret imperavit, calamoque parato sedenti, exorsus, scriptoris velocitatem tanta verborum copia vicit, ut sepenumero scriptor, dum plurima jungerentur, se non posse excipere quereretur. Erat enim idem Garamannus ejus artis elegantissimus atque assuetissimus. Primo ordine ad singula respondit: Se legatum missum, præceptis imperatoriis fidem inviolatam servare; non sibi fas esse, ut cui tanta majestas litteras suas et eas non signatas crediderit, sine his faciem ejus cui directus sit videat, aut absque ipso in regis, cui missæ sunt recitentur conspectu. Si sic patiat, re in nullo regio honori defecturum. Aliter universa potius se genera tormentorum sustentaturum, quam quicquam extra ea quæ sibi ea quæ sibi indicta essent vel quantum causa sibi commissa postularet excessurum; et sicut superioribus jam se itidem terrentibus respondere aut distulisset ita si etiam particulatim cuncta sui corporis membra a minimis articulis usque ad summa vitalia cotidianis resectionibus decarperentur nam

(1) Faltan palabras en el original.

cortarle hoy una falange de un dedo, mañana otra, y sucesivamente una cada día, después el brazo, el hombro, el muslo, la pierna, el pie, y por último el tronco restante, no por eso se aterraría ni cedería en manera alguna. Que le constaba, por lo que le dijeran los que habían venido a visitarle, que el mismo Rey había podido ya advertir cuán poco le atemorizaba la muerte, y por consiguiente que era inútil pretender atterrarle con lo que él creía de tan poca importancia. En cuanto a lo que en su carta afirmaba, a saber, que si le obligaba a darle muerte, no dejaría un solo cristiano con vida en toda España, siendo él responsable ante Dios de tamaña desgracia, creía que se equivocaba en gran manera, porque él no sería la causa de la muerte de sus correligionarios, sino la cruel ira y la perversidad suya, y que mientras por esta causa tendría que expiar tantas muertes, él, por su parte, con el auxilio de Cristo, entraría en posesión de mejor vida con sus compañeros de martirio. Además de que también a Dios le era fácil variar el curso de las cosas, y así como en otro tiempo Mardoqueo había enviado a decir a Ester: «Si ahora no quieres intervenir, acaso por otro camino se librarán los judíos, y tú y los tuyos pereceréis (1), así también ahora podía hacer Dios lo mismo, y después de haber promulgado el Rey todas sus órdenes, y aún estando ya pendiente el cuchillo sobre la cerviz de las víctimas, podría venir en auxilio de los suyos por un nuevo e impensado medio. Por lo tanto, que

non majorem unquam cruciatum inferri posse, quam si hodie hoc articulo digiti, cras altero, inde per dies singulos singulis, inde brachio, armo, post femore, crure, pede, præcisis, postremo truncus reliquus fodiatur non eo tamen se territum aliqua ratione cessurum. Se quoque satis compertum habere ex relatione anteriorum sibi missorum, ipsum regem jam advertisse, quod moti non nimis ipse timeret. Ideoque superfluum esse eo se velle terrere, quod ipse levissimum reputaret, jam quod scripserat, ipso interfecto nullum in tota Ispania reliquum facere Christianum, sibi que reatum tantæ stragis a Deo imputari, id longe aliter se habere, nec se causam esse cædis ipsorum, sed malitiam crudelitatemque ire ipsius ipsoque penas interfectorum luente, sibi cum ipsis interemptis Christo propitio vitam meliorem succedere. Cum tamen id quoque Deo facile esset commutare, sicut Mardocheus quondam mandaverat Hester: Si nolueris nunc intercedere, forsitan per aliquam occasionem liberabuntur iudei, et tu et domus tua peribitis (Esth. IV, 14), ita et nunc Deum facere nihilominus posse, ut postquam omnia ab ipso rege essent promulgata, jamque ipsis cervicibus gladiis novo et inopinato ordine suis Dominus subveniret. Quocirca non

(1) Est. IV, 14.

supiese que semejantes temores y amenazas no le impresionaban en modo alguno, por que Aquel que había librado por maravillosos medios de la soberbia de Aman a Mardoqueo, que se mantenía constante en sus propósitos, no había de faltarle a él, que obraba impulsado, no por el orgullo, sino por la obediencia, empleando en favor suyo el medio que mejor le plugiese. A este tenor fué añadiendo muchas frases robustecidas a cada paso con las competentes autoridades, y llenando el campo entero del pergamino, sin faltarle materia hasta que el amanuense le advirtió que ya no había espacio para escribir más.

127.—Cuando el Rey hubo leído esta carta no se encolerizó como antes, sino que la remitió a su Consejo, porque ya anteriormente le habían prevenido sus magnates, concedores de nuestros asuntos, que debía guardarse reserva acerca de ellos, y no ponerse en abierta pugna con nuestro Emperador, el cual, como guerrero y vencedor de muchos pueblos, sabría alcanzar satisfacción de todas las ofensas, pero muy especialmente y con mayor rigor que de otras, de las que a sus embajadores se infiriesen, y reuniendo tropas de muchos reinos, y después de dejar devastada la España con toda suerte de calamidades, podría, tal vez, reducirla al cabo a su dominio por derecho de conquista. Por fin, después de largas discusiones, uno de los del Real Consejo propuso que, puesto que aquel sujeto parecía dotado de tal entereza de carácter, y de no menor capacidad, según había demostrado permaneciendo tan constante en su ley por tanto

hujusmodi se minis vel terroribus nosset ullatenus permoveri, quia qui Mardocheum a superbia Aman constantiæ tenacem miro ordine eripuerit, ipse sibi, quia non proterviæ sed obædientiæ causa interesset, quoquo pacto sibi placitum videretur, non deesset. Hujusmodi sententiæ verbis plurimis aucte atque testimoniorum competentium robore hinc inde præfultæ, paginæ totius campum impleverunt nec prius ori dicenda defecerunt, quam scriptor impleta membrana nihil superesse confessus est.

127.—*Hæc regi prælata, non in iram, ut prius, mentem incendit, red consilio regio perlata sunt. Jam pridem enim a suis, quibus res nostræ jam fuerant pervulgatæ abstrudendas eas commonitus erat, ne imperatori nostro obluctari temptaret. Eum bellicossimum multarum gentium victorem, injurias omnes, præcipue legatorum, quo nunquam alias seviore animo repetiturum, ac plurimorum copiis regnorum coactis, Ispaniam totam postquam variis calamitatibus vastavisset, forte tandem jure victoris sibi subjecturum. Pluribus ita jactatis, quidam forte suggessit, ut quia vir ille tantæ videbatur constantiæ, ac non minoris arbitratip osset prudentiæ, quem etiam tanti temporis mora in lege sua tam fixum monstrasset ac proinde*

tiempo, y dado que no había de negar su auxilio a sus semejantes, se le consultase a él mismo sobre la resolución que adoptarse debiera. Hízose así, en efecto, y al comunicársele esta última decisión contestó a los emisarios: «Por fin adoptasteis mejor camino en este negocio, y si desde el principio hubiéseis procedido de esa manera, ni vosotros ni yo hubiéramos tenido que sufrir tan larga y penosa ansiedad. Por lo demás, hé aquí mi sencillo parecer. Que envíe vuestro Rey una embajada al Emperador, nuestro señor, para que éste me comunique lo que debo hacer del encargo que de él recibí, y vistas de nuevo sus cartas, obedeceré a cuanto se me ordenare».

128.—Hízose saber al Rey esta proposición, y aceptado el consejo, como sugerido por hombre de tan buen juicio, mandose buscar quien quisiera emprender tan largo viaje, por no brindarse espontáneamente a ello casi ninguno, a pesar de prometerse al que le llevare a cabo cuantos honores solicitase, y además premiarle con todo género de dádivas. Había entre los empleados de palacio uno llamado Recemundo, excelente católico, y tan conocedor de nuestra literatura como del idioma árabe, que hablaban aquellos entre quienes vivía. Consistía el cargo que desempeñaba en oír las peticiones de las diferentes personas que allí acudían para sus asuntos, llevar nota de ellas y darles respuesta por escrito, porque en aquella dependencia se recibían y se evacuaban todas las causas y reclamaciones por medio de cartas, para cuyo efecto había otros muchos subalternos. Este tal, ad-

fidem mortalibus non denegaret, is ipse super hoc, quid facto ac sibi opus esset, consuleretur. Ita nuntiis se convenientibus postquam ultima hæc mandata percepit. Tandem, inquit, sapientiore consilio rem tractastis. Si mox initio id esset quæsitum, non tantas vobis vel nobis tedii et anxietatis molestias tot spatia temporum protaxissent. Nunc citum id facile extat consilium. Mittatur domino nostro imperatori legatio a rege vestro, ut mihi quid de commissis agere debeam, describat. Ejus litteris iterum visis, ad universa obædiam».

128.—His regi nuntiatis, acceptoque consilio ut a prudente suggesto, quæri jubetur quis iter tantum vellet assumere, cum rarus aut fere nullus palam se ostendendo proferret, propositumque esset, ut quisquis illuc iret, honore quovis petito et cuiuscunque generis muneribus rediens potiretur. Tandem extitit inter palatina offitia Recemundus quidam, adprime catholicus, et litteris optime tam nostrorum quam ipsius inter quos versabatur lingue Arabicæ institutus. Qui tantum in regia habebat officii, ut diversorum pro necessitatibus ad palatium concurrentium causis extra auditis, quia litteris omnes ibi quærimoniæ vel causæ signantur et resignantur, hic notata inferret, itidemque responsa scripta referret. Pluresque etiam alii

virtiéndolo el temor y vacilaciones de los demás, y creyendo llegada acaso la ocasión de alcanzar alguna gracia, dijo: «¿Qué premio daréis al que os venda su alma?», frase tan solemne para ellos, que siempre que se encargaba a uno de una misión peligrosa se le decía: «Véndeme tu alma», remunerándosele después ampliamente si volvía ileso. Contestaron, pues, a la pregunta de Recemundo, que se le concedería cuanto exigiese, y él se limitó entonces a pedir autorización para conferenciar con los enviados reclusos, reservándose decir después si tomaba a su cargo la empresa.

129.—Con este permiso, Recemundo fué a ver a Juan, de quien se informó cuidadosamente de las costumbres y leyes de nuestra patria, preguntándole si era grande la clemencia del Emperador, si se mostraba moderado para con sus vasallos, o, por el contrario, pronto a encolerizarse; si las sentencias que daba eran irrevocables, y otras muchas cosas por este orden; y finalmente si creía que le sería conveniente a él encargarse de aquella misión regia, o si le detendrían en ella otro tanto tiempo como hacía que él estaba detenido. Juan le contestó inmediatamente que todo marcharía bien, disipando así todos sus temores. Asegúrole que por todas partes sería acogido con espontáneas demostraciones de júbilo, y que él escribiría una carta a su abad para que le recibiese espléndidamente y le hospedase y obsequiase todo el tiempo que allí quisiese permanecer, hasta que presentado al obispo, bien con éste o con un delegado suyo, el mismo

erant officio delegati. Is trepidationem cæterorum advertens, sibi que tempus forte oblatum nonnulli adipiscendi hæsitantibus cæteris dixit: Quæ erit merces viro qui vendiderit vobis animam suam?» Nam ita solemne eis verbum, ut quoties summo quolibet periculo in nuntium, quis destinatur, ita ei dicatur: «Vende mihi animam tuam». Si sospes exierit, quam amplissime numeratur. Hoc Recemundo querenti respondetur quidquid postulatum ab ejusmodi esset conferendum. Ille tantum veniæ sibi dari petens, ut cum nuntiis conclusis sibi copia esset loquendi, post utrum temptare deberet ediceret.

129.—Hoc ei concesso, Johannem conveniens mores et instituta patriæ nostræ sollicite disquirat; imperator cujus esset clementiæ, quantæ moderationis in suis, utrumne preceps in iram, et an in semel prolatam inrevocabilis sententiam, multa que ejus generis, tandem si sibi esset fiducia regiam ei legationem proferre, ne forte vicem tanti temporis, quo ipse Johannes ibi detentus fuerat, ipse qui mittebatur exsolveret? Johannes omnia bene processura cito respondens, omni liberum reddit trepidatione atque formidine. Gaudiis et gratulationibus obviis magis ubique excipiendum confirmat. Se epistolam abbati suo missurum, qui illum magnifice exciperet, et tempore quanto cuperet, teneret atque curaret, donec episcopo exhibi-

abad le llevase a presencia del Emperador sin dificultad alguna y con la mayor complacencia. Animado con esto, volvió Recemundo a palacio y se ofreció para aquella misión, si se le concedía lo que pidiese. Casualmente había vacado recientemente una iglesia por muerte de su obispo, y Recemundo la pidió como premio de su empresa, obteniéndola fácilmente, y encontrándose así convertido de repente de simple seglar en obispo.

130.—Después, provisto de lo necesario por el Rey y llevando cartas suyas, se dirigió inmediatamente a las Galias (1), y llegó a Gorze en diez semanas próximamente. Recibido allí (2) con general regocijo e invitado a poco por el santo Prelado a hospedarse en su casa, pasó con él algunos días con el mayor contento, visitando en su compañía su diócesis, y permaneciendo a su lado el otoño y el invierno, en atención a haber venido a fines de Agosto, hasta que pasada la fiesta de la Natividad se dispuso su presentación al Emperador. Entre tanto sus asuntos, y muchos otros de los suyos quedaron en Gorze, convenientemente administrados, y luego, días antes de la festividad de Santa María, Madre de Dios (3), fué presentado al Emperador por el mismo venerable Prelado, a quien acompañaba también el abad Eguinoldo, siendo recibido honoríficamente en el palacio de Francfort (4). Cuando allí se le hubo oído se hi-

tum, aut cum ipso, aut cum legatione ejus, ipse abbas imperatoriis eum conspectibus cum pace et gratia presentaret. His ille allectus, palatium repetens, si sibi quæ postulet dentur, itineri devovet. Ecclesia aliqua forte vacua recens erat episcopo. Hanc munus ejus petit laboris. Facile optentum, atque ex laico episcopus repente processit.

130.—Inde sumptu regio ac litteris instructus, Gallias occius petitp. (Jun), atque in decem ferme ebdomadibus Gorziam venit (Aug.). Ibi gratulantibus cunctis exceptus, ac non post multos dies in urbe a sancto pontifice, Adelberone invitatus, et aliquot cum ipso manens diebus, jucunde admodum habitus est. Inde loca quaeque sua cum eo invisens, quia mense Augusto jam praecipiti venerat, autumnum et hiemen secum, transegit, donec Dominici natalis festo transacto, qualiter imperatori dirigeretur est ordinatum. Res tamen ejus et plures suorum Gorziae interim procuranda manserunt. Inde circa festum sanctae Mariae Matris Dei imperatori ab eodem venerabili pontifice, comitante simul domno Egineldo abbate deductus honorifice in palacio Franconofurde suscipitur (Mart). Cujus legatio-

(1) Jun.

(2) Agust.

(3) 956, Febr. 2.

(4) Este Recemundo, obispo iliberitano, conoció en esta corte y tuvo gran amistad con Luitprando, que a ruegos suyos escribió sobre los sucesos de su época, dedicando a aquél, su obra titulada «Antapodosis».

cieron grandes elogios de la fidelidad y constancia del legado, y se dispuso se le remitiesen otras cartas en tono más templado. Escribiósele en consecuencia que prescindiese de las primeras, presentándose al Rey tan sólo con los regalos, que procurase por cualquier medio ajustar paz y amistad, a fin de lograr que cesasen las correrías de los piratas sarracenos, y que apresurase su vuelta. Cierta verdunense, llamado Dudo, fué el encargado de llevar los nuevos presentes e instrucciones. Vuelto a Gorze, el español pasó allí la mayor parte de la Santa Cuaresma, y saliendo de esta población con el legado del Emperador poco antes del Domingo de Ramos (1), llegó a Córdoba a principios de Junio. Inmediatamente después quisieron penetrar en el palacio real con el nuevo enviado, a lo que el Rey se opuso diciendo: «De ninguna manera; preséntense antes con los primeros despachos o regalos los que por tanto tiempo han dilatado este asunto, y luego, a su vez, seguirán los segundos; bien entendido que no podrán venir a mi presencia éstos, sin que antes hayan visitado a aquel religioso que tan constante se ha mantenido durante tanto tiempo, consolándole con las noticias de su patria, de sus amigos y de su Rey, y entregado las instrucciones que de éste reciba».

131.—Ejecutado todo de esta manera, dióse orden a Juan, que hacía ya casi tres años que estaba fuera de su convento, para que se presentase ante el Rey, advirtiéndole los emisarios que se preparase para este acto, cortándose el cabello, lavándose el cuerpo y vistiéndose con algún mayor

ne audita, fide legati atque constantia summo landata praeconio litterae mitiores perferendae decernuntur. Johanni de prioribus suppressendis rescribitur, tantum cum donis procedat amicitiam pacemque de infestatione latrunculorum sarracenorum quoquo pacto conficiat, reditumque maturet, edicitur. Novis denuo muneribus perferendis atque mandatis, Viridonensis quidam, cui Dudo vocabulum, destinatur. Ita Hispanus Gorziam rediens ibique sacrae Quadragesimae majore parte exacta, (Mart. 30) circa palmarum diem cum legato imperatorio proficiscens, Junii mensis principiis Cordubam venit. Cumque mox cum novo nuntio regiam vellent irrumperé, rex: «Nequaquam, inquit; sed qui litem tanto tempore protra erunt, cum prioribus primum procedant muneribus vel mandatis. Inde secundi ordine inferantur. Nec hi omnino faciem meam videbunt, nisi prius monachum illum tanti temporis pertinacem adeant, et patriae, carorum, regis sui mandatorumque ipsius oblectatione laetificent».

131.—Ita cunctis expletis, Johannes trium jam fere annorum claustris solutus, regiis mandatur apparere conspectibus. Cum a legatis ei diceretur, ut

(1) Marzo 30.

cuidado; pero habiéndose negado a ello Juan, y convenciéndose ellos de que no consentiría en cambiar su traje, se lo avisaron al Rey, el cual le envió al punto diez libras, a fin de que adquiriese lo necesario para aparecer con decencia ante sus ojos, porque no era permitido presentarse a él en traje poco digno. Juan dudó al principio si admitiría aquella cantidad, mas al fin, pensando que sería mejor empleada en socorro de los pobres, se manifestó reconocido a la munificencia del Rey, por haberse dignado mostrar tanta solicitud hacia su persona, añadiendo esta respuesta digna de un religioso: «No desprecio el donativo del Rey, pero no usaré otro traje sino el que a un religioso es permitido usar, ni me pondré manto o prenda alguna de otro color que no sea el negro». Cuando el Rey oyó esta respuesta, exclamó: «Reconozco en esas palabras la constancia de su ánimo. Con mucho gusto le veré pues, si se presenta vestido con su sayal, y aun me agradará más así, que con otro traje diferente».

132.—Terminados estos preliminares y fijado ya el día para su presentación, dispusieronse preparativos suntuosos de todas clases, para hacer ostentación de la real magnificencia. Diferentes filas de soldados ocupaban por ambos lados todo el camino que mediaba desde el alojamiento de los legados hasta la ciudad, y desde ésta al palacio real; la infantería en primera línea, fijas las picas en tierra, blandía en sus manos a gran distancia ciertas lanzas y armas arrojadizas, ejecutando un simulacro militar; se-

crine detonso, corpore loto, veste lautiore se appareret, uti regiis conspectibus praesentandum, illeque renueret, rati illi non ei vestium mutatoria subesse, regi nuntiant. Ille mox decem libras ei mittit nummorum, unde illa, quibus decenter oculis regis indueretur, conquireret. Non enim fas esse gentis, ut vili habitu regiis aspectibus praesentaretur. Johannes primo cunctatus utrum susciperet, tandem cogitans, usui pauperum id melius esse expendi, gratias munificentiae regiae reddit, quod sui tam sollicitue esse dignatus sit. Deinde responso monachi dignum subjunxit: «Regia, inquit, dona non spernor, vestes vero alias praeterquam quibus monacho uti licet nec pallia prorsus nec eas qui alicujus coloris sunt, nisi nigro tantum tinctas aliquatenus induam». Hoc regi relato: «Hoc, inquit, responso ejus constantem animum recognosco. Sacco quoque indutus si veniat, libentissime eum videbo, et amplius mihi placebit».

132.—Post haec die praefixa qua presentandus erat, apparatus omni genere exquisitus ad pompam regiam demonstrandam conseritur. Viam totam ab hospitio ipsorum usque ad civitatem, et inde usque ad palatium regium varii hinc inde ordines constipabant; hic pedites hastis humo stantes defixis, longe inde hastilia quaedam et missilia vibrantes manuque crispantes, ictusque mutuos simulantes; post hos mulis quidam cum levi quadam ar-

guían después otros soldados montados en mulos y armados a la ligera, y tras éstos la caballería, haciendo relinchar y piafar a sus corceles con las espuelas. Además, unos moros, que por su extraño aspecto atemorizaron a los nuestros, ejecutaban diferentes escarceos o ejercicios militares, que a aquellos les parecieron maravillosos, levantando una gran polvareda por el camino, ya de suyo bastante empolvado por lo seco de la estación, porque era el solsticio de verano (1). Con toda esta pompa fueron conducidos a palacio, y allí salieron a su encuentro los grandes de la corte hasta la misma puerta del exterior, que como todo lo demás, estaba alfombrado con preciosísimos paños y tapices.

133.—En la cámara donde estaba el Rey, solo, como una divinidad, para nadie o para muy pocos visible, las suntuosas telas de que estaba todo cubierto, confundían a la vista las paredes con el pavimento. Allí, y en medio del lujo más espléndido, se hallaba el monarca recostado en un cojín, porque no usan como los demás pueblos, tronos o sillas, sino lechos o cojines, en que se recuestan, cruzando una pierna sobre la otra, para comer o para conversar. Cuando Juan se presentó ante él, le dió a besar la palma de su mano, favor que no dispensa a ninguno de sus vasallos, ni de los extranjeros, así como tampoco a los inferiores o personas de poco viso, presentándola tan sólo a los grandes personajes, o a los que recibe con la mayor pompa.

matura insidentes; deinde equites calcaribus equos in fremitu et subsultatione varia concitantes. Mauri praeterea forma insolita nostros exterrentes, ita variis proludiis, quae nostris miraculo arbitrabantur, itinere nimium pulverulento, quam perse ipsa quoque temporis siccitas, nam solstitium erat aestivum sola concitaret, ad palatium perducuntur. Obi proceres quique procedunt in ipso limine exteriori pavementum omne tapetibus preciosissimis aut palliis stratum erat.

133.—Ubi ad cubiculum, quo rex solitarius, quasi numen quoddam nullis aut raris accessibile residebat, perventum est, undique insolitis cuncta velaminibus, oblecta, aequa parietibus pavimenta reddebant. Rex ipse thoro luxu quam poierat magnifico accumbebat. Neque enim more gentium ceterarum soliis aut sellis utuntur, sed lectis sive thoris colloquentes vel edentes, cruribus uno alteris impositis, incumbunt. Ut igitur Johannes coram advenit, manum interne osculandam protendit. Osculo enim nulli vel suorum vel extraneorum admissio, minoribus quibusque ac mediocribus nunquam foris, summi et quos praestantiori excipit, pompa palmam mediam aperit osculandam.

(1) 21 de Junio. Cayó en sábado aquel año.

134.—Hízole luego el Rey señal con la mano, para que se sentase en la silla, que tenía preparada, después de lo cual, siguió por ambas partes un largo silencio, que rompió por fin el primero diciendo: «Bien sé que tu corazón me ha sido en gran manera hostil durante todo el tiempo que te he negado audiencia; pero tú mismo has comprendido bien que no fué posible obrar de otra manera. He experimentado tu virtud y tu excelentes prendas: causas ajenas a mi voluntad me han obligado a no admitirte a mi presencia con la carta; pero quiero que conozcas que no he obrado así por odio hacia tu persona, y para probártelo, no sólo te recibo ahora con singular complacencia, sino que te concederé cuanto pidieses». Al oír estas palabras Juan, que, según después nos refería, pensaba desahogar algún tanto contra el Rey la indignación penosamente comprimida en su pecho tanto tiempo, se tranquilizó de repente, cual si jamás hubiese abrigado sentimientos semejantes, y respondió a cada extremo: Que no podía negar que al principio le habían impresionado las terribles amenazas de los emisarios, aunque muchas veces había pensado que acaso se le hacían con intento más bien simulado que Real; llegando por fin, a descubrir por las palabras y sucesos de aquellos tres años, la causa de los obstáculos que le detuvieran tanto tiempo, sin que pudiese ya nada hacerle sospechar fundadamente que aquello se hubiese hecho en odio hacia él; y caso de no ser así, había desterrado de su ánimo toda sospecha, en gracia únicamente de la espléndida cuanto bondadosa acogida, y de haber conocido en esta ocasión el temple de alma del Rey, su inquebrantable

134.—Inde sella parata, manu ut sedeat, innuit. Longa deinde utrimque silentia. Tunc rex prior: «Tuum, inquit, cor mihi plurimum diu cognosco fuisse infensum, quandiu te demum aspectu meo suspendi. Sed tu ipse penitus nosti, quod aliter fieri non potuit. Tuam virtutem sapientiam expertus sum: aliena, ne viderem te cum epistola distulerunt, sed quod non odio tui id factum sit, volo cognoscas; et non solum te nunc libenter excipio, verum de quibuscumque postulaveris impetrabis». Johannes ad haec, qui, sicut nobis postea referebat, aliquid fellis tan diutino angore contracti in regem evomere cogitabat, tam placidus repente effectus est ut nihil animo ipsius unquam aequabilis esse potuisset. Inde ad singula respondit: Se quidem negare non posse, primo tot acerbitate nuntiorum fuisse permotum, inter ipsa tamen tacitum crebrius cogitasse, simulatis potius quam veris minarum intentionibus haec erga se agitari; postremo quoque cuncta dilationum obstacula ex superioribus totius triennii actis vel dictis rescisse, nec esse quicquam reliqui, quod merito odio sui factum suspicere deberet; unde si qua ea essent, se penitus animo depulisse, gratiae

firmeza y su moderación. Con estas palabras se acabó de granjear el afecto de éste, que, disponiéndose a interrogarle sobre otras muchas cosas, empezó por pedirle presentase los regalos del Emperador. Hizólo así Juan, y seguidamente pidió la venía para su inmediato regreso, de lo que admirado el Rey, le dijo: «¿Cómo es posible una separación tan repentina? Después de haber esperado ambos por tanto tiempo esta entrevista, ¿nos separaremos sin conocernos, apenas verificada? Esta primera, en que personalmente nos hemos conocido, no basta para comprender recíprocamente nuestro carácter; la segunda podrá adelantar algo esta comunicación, y en la tercera nos conoceremos ya a fondo y asentaremos nuestra amistad. Después, cuando hayas de regresar al lado de tu señor, serás despedido con los honores que a él y a tí son debidos». Aprobó Juan estas palabras, e inmediatamente se mandó entrar a los segundos enviados, que en presencia de aquél ofrecieron al Rey sus presentes, volviendo después unos y otros a su hospedaje.

135.—De allí a algún tiempo volvió el Rey a llamar a Juan, con el que conversó larga y familiarmente, informándose del poder y dotes de nuestro Emperador, del número y valor de sus tropas, de su esplendor y riquezas, de su táctica de guerra y de sus triunfos, y de otras muchas cosas de este género, jactándose, por su parte, de sus propios recursos, y haciendo notar cuán superiores eran sus ejércitos a los de los demás reyes de la tierra. Pocas palabras contestó a esto Juan, limitándose a sa-

tantum, quam tam clementi magnificentia obtulisset, gratulari, et quod regii pectoris in hoc et robur constantiae et moderationis mediae pervidisset temperamentum satis egregium. Rege his in multam gratiam delibito pluribusque eum compellandi parante, munera imperatoria primum excipi postulavit. Quo facto, reditus indulgentiam e vestigio obsecravit. Rex ammirans: Quomodo, inquit, hae tam repentina fieri possit divulsio? Tanto temporis spatio alterutrum expectati modo vix visi, ita abruptemur ignoti? Nunc interim mutuo semel conspectu potiti, parum quiddam cognitio mentium se utrumque aperuit, iterum visi jam amplius, tertio tota jam plenitudo notionis vel amicitiae firmabitur. Inde domino tuo remittendus, digno eo teque deduceres honore». His Johanne assentiente, secundi legati jubentur intromitti, eoque presente munera, quae deferebant oblata.

135.—Tunc demum utrisque ad hospitia remissis, post aliquantum tempus Johannes a rege revocatus, familiaria multa cum eo conseruit. De nostri imperatoris potentia atque prudentia, de robore et copia militum vel exercitus, de gloria et divitiis, de bellorum industria et sucessibus, multaque id generis. Sua econtra jactare, quanto exercitus robore omnes seculi reges excelleret. Ad haec Johannes pauca respondit ut possint qualitercum-

tisfacer en algún modo los deseos del Rey, y por último añadió: «Lo que sí puedo decir es que no conozco monarca alguno de este mundo que pueda competir con el nuestro en extensión de territorio, en armas o en caballería».

136.—«Sin razón ensalzas a tu soberano», dijo el Rey, calmada su ira o más bien reprimiéndola.—«Si es cierto o no lo que digo, replicó Juan, la experiencia lo demostrará».—«Sea como tu dices, en cuanto a lo demás, contestó el Rey; pero un punto hay, sin embargo, en que no parece demostrar gran previsión».—«¿En cuál?», preguntó Juan.—«En no reservar exclusivamente para sí todo su poder, y permitir por el contrario, a todos sus inferiores que ejerzan libremente el suyo, dividiendo entre ellos los diferentes estados de su reino, como si por eso hubieran de serle más fieles y estarle más sumisos. No sucede así, ciertamente, sino que de ese modo fomenta el orgullo y prepara la rebelión contra su persona, como acaba de verlo en su yerno, el cual, reduciendo pérfidamente a su hijo, ejerce abiertamente la tiranía contra él, hasta el punto de haber hecho atravesar por medio de sus reinos a la nación extranjera de los húngaros, para destruirlos (1).

A. P. y M.

que regis animum mitigare, tandemque addit: «Illud vere fateor, regem me hoc seculo neminem nosse, qui nostro imperatori terra armis aut equis possit aequari».

136.—Rex autem, ira sedata aut sopita: «Immerito, inquit, regem tuum celebras. Verane, an falsa sint, ille inquit, licet experiri». Rex autem «Caetera utrumque approbaverim; unum est, in quo illum non satim providum esse constiterit. Quid, inquit, illud est? Quod potestatem virtutis suae non sibi soli retinet, sed passus ubere quemque suorum propria uti potestate, ita ut partes regni sui inter eos dividat, quasi eos sibi inde fideliores habeat et subjectiores. Quod longe est; exinde enim superbia et rebellio contra eum nutritur atque paratur, ut nunc in genero ipsius actum est, qui filios ejus per perfidiam subducto, publicam tyrannidem contra eum exercuit, ad hoc ut gentem externam Ungrorum per media quaeque regnorum suorum depopulandam transduxerit.

(1) 954.—Este era en efecto el principal objeto de la embajada de Juan.—El regreso de Juan de Gortz a su país, así como el resto de su vida, o se ha perdido, o, lo que es más probable, no se ha escrito nunca.

NOTICIAS

La Academia de Córdoba tiene el proyecto de celebrar el Centenario del Romanticismo en Mayo de 1935, fecha en que se estrenó el «Don Alvaro o la fuerza del sino».

Los antecedentes de este proyecto, son los siguientes:

Sobre la celebración del Centenario del Romanticismo.—Se dice, sin que todavía se haya fijado nada definitivamente, que durante el año que corre se va a celebrar en España el Centenario del Romanticismo. No cabe, a mi parecer, el que Córdoba y en su nombre la Academia tome la iniciativa en un asunto de tan capital importancia para toda la nación; o, a lo menos, pienso que cuando el interés es general, la Academia debe apurar, hasta donde sea posible, la posición expectante que otros centros de mayor responsabilidad son los que deben pautar nuestra actuación.

Creo, sin embargo, que antes de que llegue el caso de que fuéramos consultados o requeridos si tanto llegara a merecer de las altas esferas, nuestra humilde actuación en los dos más grandes acontecimientos literario e histórico de estos últimos años, debería la Academia de Córdoba fijar su posición (ni definitiva, ni encastillada en la línea recta, siempre antipática y vidriosa), la que por razones de fortuna, si es que en la historia interviene esta diosa simpáticamente adúltera a ella está estrechamente unido el nombre más ilustre de los que en aquellas jornadas de lucha y de trabajo figuró en las filas de la rebelde juventud, y dió a la literatura la obra «abanderada» y vanguardista.

Y ya está dicho que, en toda esta nota un solo nombre, el del glorioso don Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, duque de Rivas va a ocupar nuestra atención.

No es cosa fácil, determinar con exactitud la fecha en que ha de celebrarse el Centenario de la introducción del Romanticismo en España, en primer lugar porque este hecho literario no se apodera de nuestro público ni de nuestros literatos en un momento: entra con gran lentitud y aún las fechas más sonoras y desta-

cadadas no indican victorias definitivas. En el mismo duque no encontramos perfectamente marcada la evolución, producto de muy ponderadas reflexiones y muy profundos estudios. Durante los años comprendidos entre 1825 y 1830, permanece desterrado en Malta.

Allí conoce a Mr. John Hookham Frère traductor de Aristófanes, con el que establece una amistad estrecha; y el buen amigo enseña al poeta cordobés, algo que éste no sabía muy bien: que Shakespeare, Byron, Walter Scott y... Lope de Vega son geniales literatos. De Lope de Vega llega a regalarle una primorosa edición... Mr. Frère, es el maestro de Historia de España del futuro duque de Rivas.

Y allí en el destierro, pensando siempre en la tierra querida, acicatado por los conocimientos que va adquiriendo en las felices obras del monstruo de la naturaleza, y acariciado también por el dulce mar de ausencia empieza a escribir de España. Dice J. Jacobo Rousseau que en ninguna parte se describe mejor el campo que cuando se está en la cárcel, encerrado entre cuatro paredes; y es verdad, el duque, alejado de su tierra, quiere hablar de ella, y desde entonces en todas las ocasiones que puede la cita. Véase en aquella delicadísima composición dedicada «El Faro de Malta», el gracioso y filial recuerdo con que termina:

Jamás te olvidaré, jamás... Tan solo
trocara tu esplendor sin olvidarlo,
rey de la noche y de tu excelsa cumbre
la benéfica llama
por la llama y los fúlgidos destellos
que lanza, reflejando el sol naciente
el Arcángel dorado que corona
de Córdoba la torre.

Y entonces comienza a cantar siguiendo los consejos del sabio amigo del destierro «con brío y originalidad sus propios afectos y sus propias sensaciones».

Poco después sale el duque de Malta, pero se ve obligado a detenerse en Francia en donde las nuevas ideas están en el ambiente y apasionan los ánimos. En 1827 se había declarado jefe de la revolucionaria escuela Víctor Hugo escribiendo para su drama Cronwell un prefacio que viene a ser como un manifiesto, el código de la vanguardia; sin duda ninguna muchas de las ideas en él contenidas habían sido formuladas antes; pero el gran poeta las sistematiza, las agrupa y las llena de fórmulas atrevidas y de metáforas ambiciosas.



Dice, por ejemplo que el arte debe ser «un espejo de concentración que transforme un resplandor en luz y la luz en llama».

Hay que poner, al lado de lo sublime un elemento hasta ahora desconocido en el arte, lo grotesco. Revelación debida al cristianismo que ha señalado, al lado de nuestros sentimientos elevados la persistencia de nuestros instintos animales. El drama debe ser la copia de la realidad total, todo lo que hay en la naturaleza y en el arte.

Para llegar a esto, el poeta debe escoger en las cosas, no lo bello, sino lo característico; atenerse al color local, dibujar en cada figura el rasgo más saliente, más individual y más preciso... Pero estas ideas, que corren en el famoso Prefacio con éxito creciente no se popularizan hasta poco después, el año 1830 en que se estrenó el drama *Hernani*, de asunto español, y recientemente vertido a nuestro idioma por las plumas de tres ilustres poetas de nuestro Parnaso, Manuel y Antonio Machado y Francisco Villaespesa.

La noche del estreno de esta obra es conocida con el nombre de «Batalla de *Hernani*». Amigos y enemigos de las nuevas tendencias, se reunieron, unos para hacer fracasar la obra y otros para hacerla triunfar. Hubo un grandísimo escándalo en el que se repartieron palos y bofetadas... y de ahí salió triunfante el romanticismo y... transformado en novelista el hasta entonces notable escultor, Teófilo Gautier.

En este mismo año, el 13 de Julio tuvo lugar en París, en el teatro de la Porte de Saint-Martin el estreno de la obra de Abén Humeya «*La revolte des Maures sous Pilippe II*», manteniéndose durante dos meses con éxito brillante en los carteles, fenómeno por entonces poco conocido en los teatros de París, del poeta granadino Francisco Martínez de la Rosa (obra que en España no llegó a ponerse hasta 1836), y de asunto fundamentalmente español y romántico, como que se refiere a la rebelión de los moriscos en las Alpujarras.

El Duque de Rivas llega a Francia en 1830, se encuentra con los apasionados comentarios de las nuevas ideas, interviene en las fuertes discusiones, y luego, en la soledad de su casa de Tours, recordando acaso un cuento oído referir a una vieja criada de su casa se dispone a trabajar en su drama «*Don Alvaro o la fuerza del sino*» que en prosa, termina en 1831, y es poco después traducido al francés por A. Alcalá Galiano, amigo del autor; pero esta obra no llega a representarse en Francia.

En 1833 sus ideas han llegado a un período de alta intransigencia; detesta lo que ha escrito hasta ahora de gusto clásico, y hace firmes propósitos de olvidar el antiguo arte en aras de la única verdad, lo nuevo que todo lo embellece, y siguiendo las instigaciones de los amigos acomete la empresa de escribir «El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo xi», leyenda romántica que se refiere a los Siete Infantes, de Lara y que según Menéndez Pelayo, si hay mucho convencionalismo en lo árabe y poca verdad histórica en la parte castellana, ostenta en cambio «mucho verdad española de todos los tiempos, mucho realismo sano y popular» y por eso «la posteridad saluda al Duque de Rivas como poeta genuinamente español, siendo este españolismo la clave y raíz de su grandeza».

Es quizá la primera victoria española del romanticismo; pero todavía, a decir verdad, sin una honda trascendencia, aunque en ella aparece un Prefacio o Prólogo, a imitación del de «Cromwell», ya citado, en el que se señalan las bases del Romanticismo. Este Prólogo que algunos creyeron ser debido al Duque, fue escrito por su constante y gran amigo A. Alcalá Galiano, primero enemigo de las nuevas ideas que combatió en unión de don José Joaquín de Mora con dureza al teatro clásico español especialmente a Pedro Calderón de la Barca, y luego acérrimo defensor de las nuevas ideas y las formas nuevas hasta el punto de llamar el español del siglo xviii «planta raquítica que manifiesta bien a las claras su origen extranjero y su aclimatación imperfecta».

Anteriores a este célebre Prólogo, que tanto contribuyó a la propagación de las ideas de la juventud, y que pudo tomarse como bandera de la buena nueva, se publicaron multitud de trabajos de más o menos relieve, que más que nada revelaban la inquietud del momento y despertaban el ansia de saber. Entre esos trabajos son dignos de tenerse en cuenta el debido a la doctísima pluma del gran colector de nuestro Romancero, don Agustín Durán y titulado «Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro», en donde se divulgan los resultados de la crítica de Schlegel y abre el camino al drama romántico, el discurso pronunciado por Donoso Cortés para abrir su Cátedra de Humanidades de Cáceres, en el que se afirman resueltamente los principios de la nueva escuela, y los deseos del «Parnasillo», la célebre tertulia literaria madrileña, en donde,

hacia 1831, se intentó trasladar a España el drama romántico, resolviendo estas dos cuestiones:

Primera.—Si la varia versificación es conveniente al drama.

Segunda.—Si los principios literarios que se designan con el nombre de romanticismo pueden revestirse en el teatro moderno español con un atavío puramente nacional.

El marqués de Molina pretendió realizar esta aspiración con el drama «La espada de uu caballero», antes titulado «El duque de Alba, drama romántico». La obra, por entonces sólo se leyó en el seno familiar del «Parnasillo»; muchos años después se representó «para beneficio de un actor amigo» y el éxito no debió ser muy lisonjero (1).

Pero ni estos trabajos publicados en 1828, ni los otros citados anteriormente, ni otros muchos todos llenos, es verdad, de fervoroso entusiasmo, consiguen «imponer la moda». El público se va preparando; simpatiza con las nuevas ideas; está ávido de triunfar; pero no se atreve a pronunciarse abiertamente, porque, al otro lado, están todavía los hombres más prestigiosos, las firmas de mayor solvencia; ya se sabe que el público, la masa tiene algo que podría llamarse pereza mental si esa pereza no la hubiesen justificado la atrevida turba de osados gañanes que saben aprovecharse de todo descuido sentimental. Y es necesario, para que ese público se decida que aparezca la obra grande; la que pueda servir para enfrentarla con las obras correctas del lado opuesto.

Este es un fenómeno vulgarísimo en la historia de nuestra literatura, y bastaría recordar al efecto los fracasados intentos de introducción del endecasílabo en España, anteriores a la victoria de Garcilaso de la Vega.

Ese acontecimiento cumbre se realiza con la representación de «Don Alvaro o la fuerza del sino», en el teatro del Principe, en Madrid, el día 22-3-1835, domingo a las siete de la noche. Este drama, arreglado en quince días y que al decir de N. Pastor Díaz «El es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español», tuvo un éxito asombroso. Sin ser de esta ocasión presente juzgar esta obra magna del siglo XIX basta recordar las palabras del más grande de los críticos españoles de todos los tiempos, de Marcelino Menéndez Pelayo que ya había

(1) Obras de D. M. Roca de Togores, Marqués de Molins. T. II, pgs. 281 y siguiente. Madrid, 1881-2. 4 tomos.

calificado al duque de «el más español de todos los ingenios de ésta era, el de más lozana, generosa y simpática inspiración. «Inmenso como la vida humana—dice hablando del D. Alvaro—, rompe los moldes comunes de nuestro teatro, aún en la época de su mayor esplendor, y alcanza un desarrollo tan vasto como el que tiene el drama en manos de Shakespeare y de Schiller. Una fatalidad, no griega sino española, es el Dios que hizo aquella máquina y arrastra al protagonista, personaje de sombría belleza».

A partir de este momento el público tiene ya algo que defender y lo defiende con todo entusiasmo; y los poetas, siguiendo el camino marcado con tan valiente trazo, se lanzan por él, repitiendo el triunfo. Todo lo posterior se ajusta ya a una escuela de la que ha sido posible que salga una obra de tan alto valor literario.

Los críticos la alaban a porfía, los poetas la imitan, el público la aplaude y defiende y todos saludan a estos jóvenes valientes y osados como algo digno de la mayor atención, ya que han conseguido con sus teorías, al parecer demasiado atrevidas o descabelladas, unirse a la tradición gloriosa de nuestro teatro español, que, a partir de 1681, con la muerte de Calderón, había tenido una estéril y larga solución de continuidad, ya que en ese larguísimo periodo de crítica y de afrancesamiento solo surge la alegre figura de don Ramón de la Cruz, no bastante para definir una tendencia literaria.

Las otras figuras románticas, especialmente García Gutiérrez y Hartzembusch, Espronceda en la lírica y Zorrilla en todo son una consecuencia natural del triunfo del D. Alvaro. Es decir que antes de 1835 todo es intento de definición, afán de lucha, deseo de renovación, espíritu de rebeldía, y después de esa fecha, los triunfos se suceden unos a otros, los poetas surgen con extraordinario vigor. Y los poetas clasicistas, que antes del 35 alzaban el grito anatematizando lo nuevo con un olímpico desprecio, tuvieron que esconderse en un rincón después de esa fecha; los poetas jóvenes se vieron generosamente alentados por el público y la crítica, y hasta en algunas ocasiones desorientados por esa turba de gentes que por el solo afán de distinguirse, acompañan a todo lo singular; aunque de lo singular no entiendan una palabra; fenómeno común en todas las épocas y por esa razón fácilmente estudiable con elementos vivos, y siempre de curiosos y amenos resultados.

En «El Artista», en un artículo firmado por Eugenio de

Ochoa, se leen estas claras palabras: «Imitad sería buscar entre gente no joven partidarios del romanticismo; entre la juventud estudiosa y despreocupada es donde se hallarán a millares».

Ni los triunfos que luego después acompañaron al duque, ni los que consiguieron otros autores de esta época pueden compararse al obtenido en la representación de este drama. Antes del 35 existe lucha enconada; después del 35 todo el camino es llano. La única objeción que pudiera hacerse es la de que el drama estaba ya escrito en 1831; pero insistir en esto me parece pueril, porque escrito y encerrado en una gaveta era imposible que triunfara, que es, en este caso, esencialmente objetivo. Por eso creo que la Academia de Córdoba debía pronunciarse decididamente por la celebración del centenario en el año de 1835.

Sólo hay una fecha que pudiera oponerse a ésto.

La de 1834, año en que fué elegido académico de la Real Academia Española, ingresando el 29 de Octubre del mismo año, en la que luego fué elegido presidente. (1).

Creo que el hecho de haber ingresado en nuestro primer centro literario no es lo bastante para oponerlo al del estreno de su obra inmortal.

Aceptada, o no aceptada esta opinión mía, y como tal poco respetable, podría proyectarse la intervención de nuestra casa en la celebración de esa fiesta española, o sí, como yo creo, deberíamos determinar si era conveniente independizarnos en cierto modo para festejar a quien tanto nos honra por estos dos preciados títulos: Haber nacido en esta ciudad, tan bien cantada por los poetas, y haber pertenecido a la R. A. C.

En nuestra casa ingresó el 23 de Noviembre de 1815, y el breve tiempo que en ella estuvo desarrolló una febril actividad.

En 11 de Enero de 1816 lee una «Oda al tiempo», desde luego de gusto clásico que fué el gusto que orientó toda su juventud. El 19 del mismo mes y año, es elegido censor de la quinta sección, cargo para el que fué reelegido en 1817 y desempeñó hasta el 19. En 9 de Febrero de 1816 lee un idilio «Adelfa». Por esta breve relación sacada de la conocidísima obra de Ramírez de Arellano se viene en conocimiento de que nuestro duque es algo de nuestra casa; y estuvo aquí en los días de fervor juvenil y de arrebatado entusiasmo. Después el poeta se

(1) Fué nombrado de la Real Academia de la Historia en 15 de Octubre de 1852, y tomó posesión del cargo en 24 de Abril de 1853.

ausenta y solo en dos nuevas ocasiones vuelve a intervenir en la vida cordobesa, al parecer; en 30 de Mayo de 1819, leyendo un discurso en la Junta pública, celebrada por la Real Sociedad Patriótica de Córdoba, y en 1860, como Presidente de los Juegos Florales.

Veamos la labor que la Academia pudiera realizar para celebrar este glorioso Centenario.

Primero.—Una biografía del duque, que pudiera publicarse en nuestro BOLETÍN; pero no una vida llena de cosas inútiles. Algo parecido a estas biografías elegantes y reconstructivas que ahora se editan por prosistas jóvenes.

Segundo.—Un estudio del «D. Alvaro o la fuerza del sino»; creo necesario advertir que el debido a la doctísima pluma del ilustre literato José Martínez Ruiz (Azorín), me parece de lo más completo y documentado que sobre una obra dramática española he leído.

Está inserto en su obra «Rivas y Larra. Razón social del romanticismo en España», y es el tomo XVIII, de las obras completas del ilustre académico de la Española. Sin embargo, algunos puntos no tocados pudieran dar lugar a algunas curiosas observaciones. Nadie acaso mejor que el mismo Azorín pudiera emprender esta deleitosa tarea, en la que presumo habría mucho de rectificación.

Tercero.—Publicación de todas las obras inéditas del duque de Rivas.

Cuarto.—Personalidad de don Angel de Saavedra, como Académico de la Española y de la Historia, de Madrid.

Quinto.—El duque de Rivas político.

Sexto.—El duque de Rivas pintor. Publicación de un album que contuviese las obras debidas a su pincel, o por lo menos adquisición de reproducciones fotográficas de ellas para que figurasen en puesto de honor en el Archivo de nuestra casa.

Séptimo.—Bibliografía. Iconografía del duque.

Aparte de esto, y para el momento mismo del homenaje pudieran publicarse, por ejemplo, en ediciones escolares algunos romances o algunas leyendas, o folletitos sueltos, celebrarse una función teatral, alguna sesión científica y todas esas notas de tanto interés para que las gentes se enteren, y entonces, y después de haber trabajado nosotros como debíamos, podrían tener una explicación científica, y seria.

Diario de Córdoba, 30 Enero y 2 Febrero de 1930.

Centenario del Romanticismo en España.—Al comenzar el curso académico de 1929-1930, fuí requerido por la Academia para dar mi opinión sobre la época en que debía celebrarse el Centenario del Romanticismo en España. En Enero de 1930 presenté un escrito—que fué publicado en el «Diario de Córdoba» en 30-1-1930—donde proponía que dicho acontecimiento fuera festejado por nosotros en el año 1935, al cumplirse los cien años del estreno del «Don Alvaro o la fuerza del sino». Mi propuesta fué aceptada.

Se va acercando la fecha fijada por mí y por ello me ha parecido necesario que comencemos a preparar la celebración del Centenario glorioso, en que por la fuerza poderosa de una obra inmortal, fué implantado el Romanticismo en España. Y con el objeto de que nuestro paso adquiriera desde el principio el ritmo que merece el camino que tenemos que andar, he preparado un proyecto, que voy a tener el honor de exponer a la consideración de la Academia, y en el cual, repitiendo lo que he dicho en otras ocasiones, cuando con análogo motivo me he dirigido a esta docta casa, no pretendo en manera alguna que las ideas expuestas tengan un inútil carácter de inmutabilidad.

Para la celebración del Centenario del Romanticismo en España, tengo el honor de proponer:

Primero.—La Academia de Ciencias Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba celebrará el triunfo del Romanticismo en España, con autonomía absoluta y sin pedir directamente colaboración alguna a ningún centro cultural de España. Como esta medida tiene por objeto evitar que la multiplicidad de mandos pueda entorpecer la marcha del homenaje, la Academia aceptará fervorosamente reconocida toda ayuda que se le preste.

Segundo.—Se solicitará del Estado, de la Diputación provincial y del municipio cordobés las subvenciones necesarias para que el homenaje que ha de rendirse al ilustre poeta tenga la debida libertad de desarrollo. Estas subvenciones serán como mínimo de cinco mil pesetas el Estado y dos mil quinientas al municipio y otras dos mil quinientas la Diputación.

Tercero.—Se abrirá un concurso que se ajustará a las siguientes bases:

a) Soneto al Duque de Rivas. Premio: 200 pesetas.

b) Estudio del «Don Alvaro o la fuerza del sino», y su influencia en el desarrollo del Romanticismo en España. Premio: 1.000 pesetas.

- c) Los dramas del Duque de Rivas. Premio: 200 pesetas.
- d) Estudio sobre los romances históricos. Premio: 200 pesetas.
- e) Estudio sobre los poemas líricos. Premio: 200 pesetas.
- f) Córdoba y el Duque de Rivas. Premio: 200 pesetas.
- g) Conjunto de diez ilustraciones al drama Don Alvaro. Premio: 500 pesetas.

Se procurará que este concurso tenga la máxima difusión, con el fin de que asistan a él los principales valores de la literatura española y el hecho histórico que conmemoramos puede quedar debidamente esclarecido y documentado.

La convocatoria a este concurso se publicará en el mes de Noviembre del presente año.

Cuarto.—La Academia se impondrá la tarea de divulgar la obra del poeta de las siguientes formas:

a) Por medio de lecturas públicas y discursos de divulgación, actos que se celebrarán en Córdoba o en cualquier pueblo de su provincia, para lo cual será precisa la solicitud de alguna entidad cultural.

b) En 22 de Marzo de 1935 se representará el drama «Don Alvaro o la fuerza del sino», siendo precedida la representación de un discurso preliminar, que estará a cargo de uno de los señores académicos.

Quinto.—En uno de los primeros días del mes de Mayo de 1935 se realizará una gran excursión al Convento de los Angeles, de Hornachuelos, a la que se procurará asistan todo el elemento cultural de Córdoba y toda la población escolar de grado superior. Allí podría hacerse una representación del «Don Alvaro»,

Sexto.—Se llevarán a cabo las siguientes publicaciones:

a) Un número extraordinario de nuestro BOLETIN, que contendrá:

«La vida y la obra del Duque de Rivas». Por un académico aún no designado.

«Poemas inéditos del Duque de Rivas». Tampoco designado el académico.

«Documentos relativos al Duque de Rivas», por don José de la Torre y don Narciso Liñán Heredia.

«El Duque Académico» (en Córdoba y en Madrid), por un señor académico.

«El Duque político», por un señor académico aún no designado.

«El Duque pintor», por don Antonio Sarazá Murcia.

«Bibliografía e Iconografía del Duque de Rivas», por don José María Rey Díaz.

b) Folletitos que contengan algún romance histórico que deberán repartirse profusamente entre los asistentes a las fiestas.

c) Edición del drama «Don Alvaro», precedida del estudio premiado y acompañado de los dibujos también premiados.

Séptimo.—Se acuñará una medalla conmemorativa del primer Centenario del Romanticismo, obra de don Ezequiel Ruiz, académico.

Octavo.—El primer acto que debería celebrar la Academia sería el convocar una reunión de todos los académicos de número, correspondientes, electos, etc., etc., con la expresa indicación del motivo, para procurar recoger todas las iniciativas, y llevar a cabo el homenaje con la máxima garantía de la colaboración colectiva.

Diario de Córdoba.

Se han pedido las subvenciones a los Poderes Públicos y tenemos fundadas esperanzas en que se nos concederán; pero todavía no se nos ha comunicado, y, por tanto, aun no podemos hacer efectivo nuestro programa,

No obstante, como alguno de los trabajos que figuran en nuestro Cuestionario exigen mucho tiempo, la Academia ha acordado hacer públicos los temas, y los premios que llevan asignados, con el objeto de que los estudiosos comiencen, si así es su deseo, el trabajo; bien entendido que la Academia no convocará en firme el Concurso, hasta tanto que no obtenga las citadas subvenciones, pues ella, por la escasez de medios de que dispone, no puede prestar esa colaboración económica que el hecho que se desea celebrar, por su importancia, requiere.



INDICE

DEL

Boletín de la Academia de Córdoba

DURANTE EL AÑO 1931

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

Discursos sobre Valdes Leai, por Rafael Ramírez de Arellano y Rafael Romero Barros	5, 21
La Ermita de San Bartolomé o Capilla del Hospital del Cardenal Salazar, por Samuel de los Santos.	33
Necrológicas: Mario Menéndez Bejarano y Mauricio Bacarisse Casolá, por José M. Camacho Padilla.	49, 57
Alfredo Cabazán Laguna, por Antonio Sarazá Murcia.	63
Noticias.	67
Bibliografía	69
Una Estampa de 1830, por don Benigno Iñiguez González	81
El Tesoro de la Catedral de Córdoba, por don José M. Camacho Padilla.	93
De otros tiempos: Cómo se solucionaba una huelga de campesinos en el siglo xvi, por don José de la Torre	103
Napoleón: Poema, por don Carlos Rubio	107
Noticias.	129
Bibliografía	131
Diversiones públicas. (Conferencia), por don José M. Camacho Padilla.	137
Fernando de las Infantas: Músico y teólogo, por don José de la Torre	159
Contribución al estudio de la prehistórica cordobesa: Indicios de una estación paleolítica en Santa Cruz, por don Antonio Carbonell T.-F.	213
Capiteles de la residencia califal de Medinat-Az-Zahara: Estudio de sus inscripciones, por M. Ocaña Jiménez.	215
Goethe, por José M. Camacho Padilla	231
Fuentes para la Historia de Córdoba en la Edad Media: La Embajada del Emperador de Alemania Otón I al Califa de Córdoba Abderrahmán III; traducción española de A. Paz y Meliá.	255
Noticias (tienen especial interés las siguientes):	
Sobre la celebración del Centenario del Romanticismo.	283
Centenario del Romanticismo y Concurso literario	291

